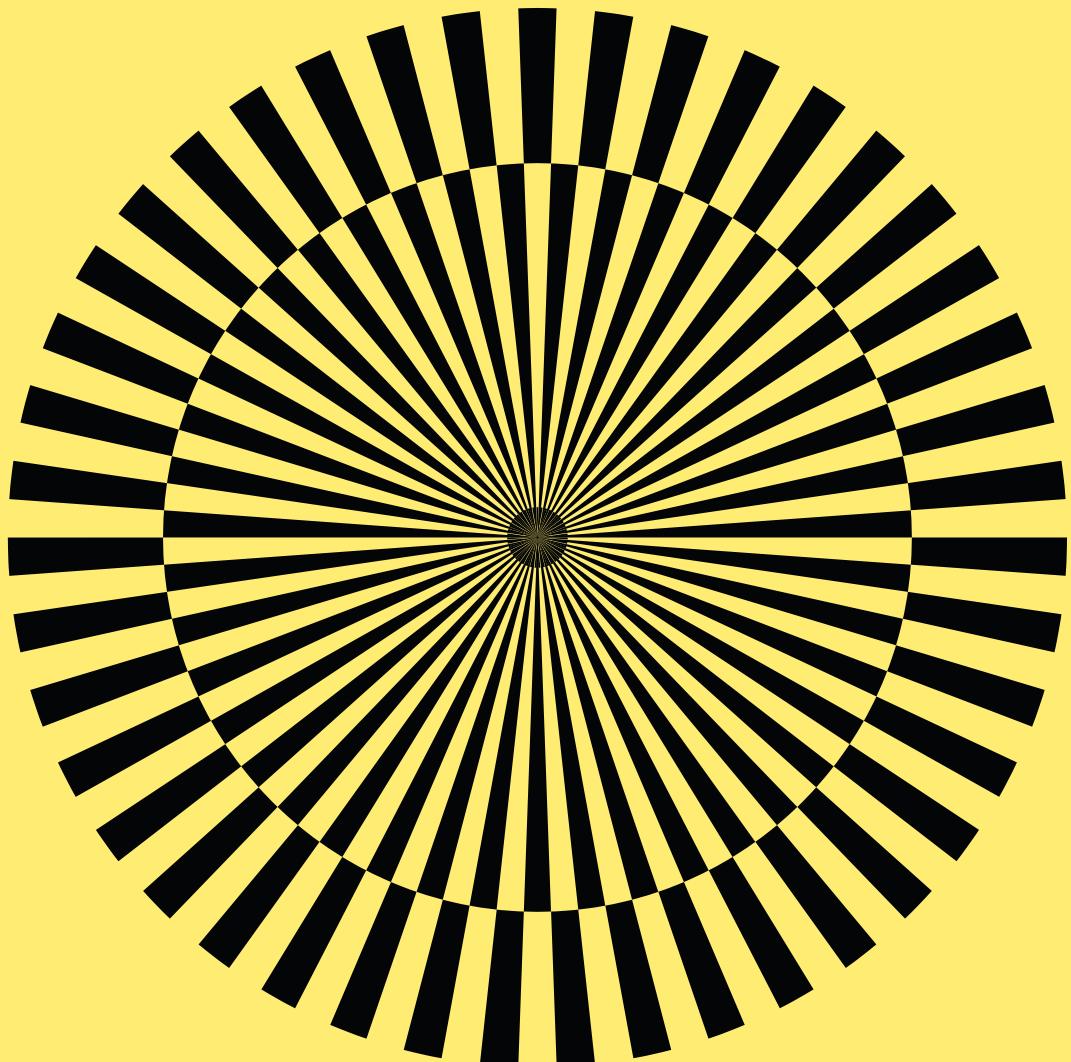


**El  
Turista  
Accidental**

**Martin Parr  
Cristina de Middel.  
María Moldes**



**Museo  
Boca del Calvari**

**El  
Turista  
Accidental**

**Martin Parr  
Cristina de Middel  
María Moldes**

## Créditos Exposición “El Turista Accidental”.

### AYUNTAMIENTO DE BENIDORM

ALCALDE DE BENIDORM  
Sr. D. Antonio Pérez Pérez

CONCEJAL PATRIMONIO HISTÓRICO Y CULTURAL  
S.ª D.ª Ana Pellicer Pérez

DIRECTOR TÉCNICO DE PATRIMONIO HISTÓRICO Y CULTURAL  
Sr. D. Fernando Victor Mahiques Sáez



### EXPOSICIÓN

COMISARIADO  
David Trujillo y Rafa Soria

PRODUCCIÓN  
Geferca S.L.  
Kamera Pro S.L.

MONTAJE  
Art-expres

IMPRESIÓN VINILOS  
Vistagrafic

### CATÁLOGO

PRODUCE  
Ayuntamiento de Benidorm

DISEÑO Y MAQUETACIÓN  
Javi al Cuadrado

TEXTOS  
Rafael Doctor  
David Trujillo y Rafa Soria  
Antonio Pérez Pérez  
Ana Pellicer Pérez

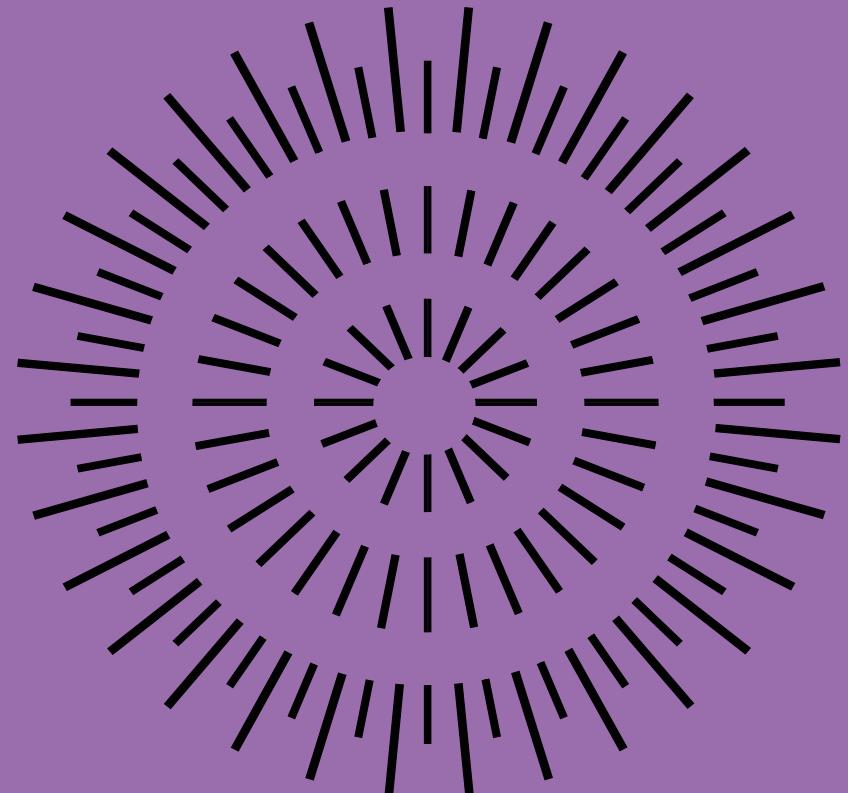
FOTOGRAFÍA SALA  
Annamaria Parejo Ripoll

EDITORES  
Rafa Soria  
David Trujillo

ISBN  
978-84-09-34923-4

Depósito Legal  
A 490- 2021

© de los textos: sus autores  
© de las obras: sus autores  
© de las fotografías: sus autores  
© Martin Parr/Magnum Photos



Benidorm ha ligado su nombre al de Martin Parr, Cristina de Middel y María Moldes. Lo hizo mucho antes incluso de que ‘El turista accidental’ se concibiera. Lo hizo prácticamente en el momento en que los tres, en un instante concreto de sus vidas y de su trayectoria profesional, descubrieron la ciudad.

El impacto que Benidorm y quienes la habitan temporal o permanentemente causaron en estos tres artistas, les llevó a dedicar una exposición o una serie fotográfica a la ciudad. Unos trabajos con los que estos tres autores de proyección internacional han llevado el nombre de Benidorm por el mundo.

‘El turista accidental’ es la constatación de que Martin Parr, Cristina de Middel y María Moldes encontraron en Benidorm un escenario humano y de pulsiones digno de contar, de ser observado, de retratar. Y en su afán por captar esa realidad y esa esencia emplearon su habitual herramienta de trabajo: una cámara analógica, una digital o un ‘smartphone’, con resultados magníficos en todos los casos. El producto de ese trabajo es esta muestra que captura y exhibe a la ciudad que recibe con los brazos abiertos y libre de prejuicios, al Benidorm que, aún en constante cambio, lleva décadas ofreciendo felicidad.

Somos conocidos a nivel nacional e internacional por nuestras playas urbanas, las mejores del mundo; por nuestro modelo urbanístico vertical y en altura, referencia internacional de sostenibilidad; por la mentalidad abierta que nos llevó a ser primera localidad costera española en permitir el uso del bikini; o por ser el paradigma del turismo de masas y de la democratización de las vacaciones, entendidas como un derecho fundamental.

Ahora, esta exposición contribuye sin duda, desde lo artístico, a atestiguar y ser altavoz del espíritu y dimensión sociológica de Benidorm, de esa ciudad y destino turístico que es también sinónimo de libertad y respeto.

Y constituye también un homenaje para todas aquellas personas que a lo largo de los años nos han elegido como destino para sus vacaciones, que han crecido con la ciudad, que han participado en la configuración de un espacio de convivencia y entendimiento, en el que cada cual elige cómo ser y cómo vivir, desafiando estereotipos.

Contar con esta exposición y disfrutar de la mirada de Benidorm de Martin Parr, Cristina de Middel y María Moldes ha sido una satisfacción, que ahora queda recogida en este catálogo; y estamos convencidos que también será un estímulo para que otros artistas fotográficos pongan sus ojos en la ciudad y quieran explorarla a través de sus visores.

Sr. D. Antonio Pérez Pérez, Alcalde de Benidorm.

Antes de recalcar en Benidorm, la obra de Martin Parr ha pasado por algunos de los espacios expositivos más prestigiosos del mundo como la Tate Modern londinense, el Pompidou de París, el Museo de Arte Moderno de Tokio o el Moma de Nueva York. También el trabajo de Cristina de Middel y María Moldes se ha visto en galerías y festivales de gran parte de estas capitales y en otras ciudades europeas.

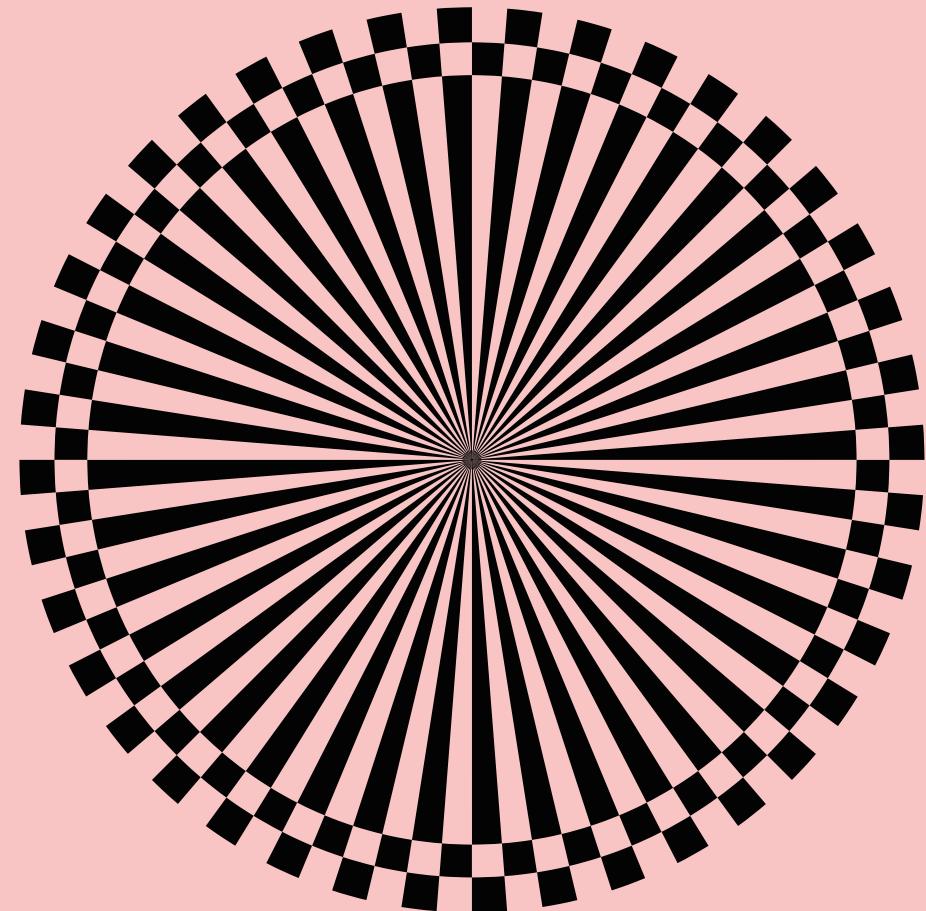
Ahora, y bajo el paraguas de ‘El turista accidental’, la obra de estos tres referentes de la fotografía y del retrato llega a nuestro museo Boca Calvari con una exposición coral que consolida la relevancia de Benidorm dentro del circuito nacional del arte visual y en la que la ciudad es hilo conductor. Porque Benidorm y su paisaje humano han sido fuente de inspiración para los tres.

Así, esta exposición es una recopilación de la serie ‘I love Benidorm’ de Cristina de Middel; de fragmentos de las ‘Escenas de la vida radioactiva’ de María Moldes; y de las diversas incursiones fotográficas de Martin Parr para documentar el lado ‘kitsch’ de la ciudad. La compilación de estos trabajos constituye un recorrido por diferentes momentos y décadas con un denominador común: la actividad turística de Benidorm y sus protagonistas.

En ella, la ciudad y sus turistas se yerguen como elementos artísticos capaces de trasladar sentimientos, formas de vida, y conceptos como la desinhibición, la diversidad y la integración.

Todo ello se plasma a través de decenas de fotografías que inmortalizan detalles que en muchas ocasiones escapan a los ojos de los benidormenses o en los que habitualmente no reparamos porque forman parte de nuestro imaginario, de nuestra realidad y cotidianidad; de un panorama con el que hemos convivido desde siempre sin ser conscientes que justamente eso mismo nos hacía especiales, diferentes y genuinos a la mirada de otros. Con ‘El turista accidental’ Benidorm da un paso más en su apuesta por la fotografía en su programación artística. Una apuesta que en los últimos años, y en sintonía con la iniciativa ‘Benidorm Expone’, se ha potenciado al multiplicar los espacios expositivos al aire libre y que se ve refrendada también con la calidad de las muestras que llegan a estos Espais d’Art Urbà y al museo Boca Calvari.

No es una apuesta al azar, sino meditada y consciente, porque la fotografía es una expresión artística con la que el público está muy familiarizado, y por tanto un vehículo expresivo potente e ineludible que en este caso sirve de homenaje a todos los turistas que año tras año eligen Benidorm y también para mostrar al mundo la autenticidad de una ciudad que clama ser retratada y testimoniada.



Hace ya muchos años un periodista de el diario El País me propuso participar en una sección titulada La Postal de... que estaban llevando a cabo en las páginas vacacionales de entonces y a través de la cual diferentes firmas elegiríamos un lugar predilecto o soñado para pasar las vacaciones. A una postal del lugar elegido le acompañaría un pequeño texto que no ocuparía más de lo que se podría escribir en su reverso. No lo pensé dos veces, elegí Benidorm y escribí:

*"Era la ilusión de mi padre la que nos arrastraba a pasar allí los veranos de mi infancia. Aprendí que las vacaciones, más allá de la playa, las compras, las fiestas, eran él y su inmenso despliegue de amor hacia mi madre, mis hermanas y yo, a través de lo que la ciudad nos podía ofrecer. Volví a Benidorm hace unos años y topé con un escenario plagado de recuerdos. Lo llamé y le dije que sin él aquello no tenía sentido. Me dijo que pronto volveríamos juntos, pero se marchó antes de lo previsto y eso no ocurrió. Ahora Benidorm es un lugar mítico en el universo de la memoria de mi felicidad al que difícilmente podré regresar"*

En El País eligieron una postal de la mítica editorial Escudo de Oro para acompañar al texto. Una vista panorámica nocturna desde el Rincón de Loix presidida por una gran palmera de fuegos artificiales y una playa, la de Levante, con una arena impoluta e hiperiluminada y un mar que actúa como espejo de esa luz artificial de la pólvora y de esa urbe inmensa de rascacielos. Al fondo, la playa de Poniente parece más tranquila. Esa escena, aunque distaba de ser la que mejor se acoplaba a lo que mi memoria guardaba de Benidorm, la acepté como imagen válida para enviar a mi padre una postal desde este mundo al otro.

Mi familia es de un pueblo de Ciudad Real, Calzada de Calatrava, una localidad que los años setenta tenía unos seis mil habitantes y, como casi todos, salía de una época muy dura de aislamiento, inmigración forzosa, e incluso subsistencia en muchos casos, y se aferraba como podía a un nuevo mundo con nuevos comportamientos que venían de la mano de lo que los medios de comunicación mostraban pero, sobre todo, de las historias que el cine ofrecía y las que veíamos directamente a través de los hábitos de los inmigrantes que cada verano regresaban al pueblo. Vivíamos una época muy activa en la que los cambios se podían apreciar casi día a día; estábamos atravesando el final de una dictadura pura y dura a una, luego llamada, dictablanda y transición democrática. Unos años de mucho movimiento acelerado por la muerte del dictador y donde el tiempo ha demostrado todo estaba repleto de trampas.

Pero por encima de las cuestiones políticas el son del mundo lo marcaba el consumo, el santo consumo que todo puede y que en todo este tiempo ya era el eje único de todo lo que se entendía como progreso. Se establecía un ideal de bienestar basado en conceptos provenientes de la gran propaganda mundial norteamericana impuesta como la única manera posible de avanzar social, política y sobre todo económico. Ya no se trabajaba solo para vivir, ahora se trabajaba para consumir productos hasta ahora inexistentes y, por tanto, innecesarios hasta unos instantes atrás. España sucumbía, como todo occidente, a un modelo único a través del cual era necesario disponer de cosas y, entre esas cosas, también había que tener tiempo para disfrutar de las mismas o tiempo para comprar más cosas.

El concepto vacaciones no existía hasta entonces en un lugar donde nadie viajaba a ninguna parte a no ser por motivos de trabajo, salud o muy concretas celebraciones familiares. Esa idea de vacaciones de la alta burguesía estaba vigente desde finales de siglo XIX pero a un pueblo manchego como el mío no había llegado ni por asomo. Las vacaciones eran un concepto de la escuela y de los inmigrantes y que solo afectaba al alumnado, a los docentes y a los que venían de fuera a reencontrarse con la familia.

Era 1972 cuando mi padre, que había apostado a hacer una primera obra de pisos y al que, como a medio pueblo, le tocó el gordo de la lotería un año antes, se encontró por primera vez con unos ahorros y decidió que nos merecíamos unas vacaciones en Benidorm y pasar allí un mes de verano como lo hacían ya tantas familias de otros lugares. Me imagino lo que mis padres, ya con tres críos pequeños, sintieron cuando tras muchos años trabajando sin parar en el pueblo optaron decididamente por añadir a sus vidas un regalo tan especial como pasar un mes en un lugar de playa tan particular como Benidorm. Fuimos de las primeras familias de mi pueblo que hacían algo similar, al menos la única hasta entonces entre las de todos mis amigos. Mi padre podría haber decidido Gandía, Calpe, Torremolinos o cualquier lugar de la costa mediterráneo no lejano a la Mancha, sin embargo eligió Benidorm pues de todos los grandes centros veraniegos que estaban salvando a España de la crisis económica y dando una imagen nueva de país avanzado, era el puntero, el más grande, el que más rascacielos ya tenía, el más bullicioso posiblemente. Mi padre, al elegir un lugar para descansar, no buscaba lógicamente la paz de la que ya disponía todo el año en el pueblo, buscaba un lugar urbano, con constantes estímulos, con olor a fiesta permanente y repleto de personas semidesnudas apiñadas en playas paradisiacas. Benidorm era el lugar idóneo, el perfecto contrapunto a nuestras vidas en la tranquilidad manchega.

El primero de julio de ese mismo año nos presentamos los cinco que éramos la familia con Tomasillo Matapájaros, el taxista del pueblo, que nos llevó a todos en su coche en una escena que parecía de cualquier película coetánea de Pedro Lazaga o Mariano Ozores. La llegada fue triunfal. Fue como descender a una realidad nueva, éramos astronautas venidos desde el campo a un lugar que irradiaba mucho brillo, mucho ruido y mucha vida. Recuerdo perfectamente aquel mes de julio en un gran piso de la calle Gambó que mi padre, por su maravillosa forma de ser, hizo que no solo fuese habitado por nosotros sino por muchos familiares y amigos del pueblo a los que había invitado a pasar algunos días con nosotros en ese mes sin fin. Yo tenía siete años y creo que es uno de los capítulos más sólidos en mi primera memoria. La calle Gambó con unos recreativos inmensos enfrente,

las tiendas de souvenirs donde me compraron un sobre con cientos de sellos de todas partes del mundo, las verbenas por la noche en los bajos de un hotel donde una mujer cantaba todos los días por Gingliola Cinqueti y sobre todo los olores, los de las tiendas de perfumes, las pastelerías o los del mercado de una calle cercana a la casa donde mi padre feliz cambiaba el rol de ser tendero a ser un consumidor alegre y generoso. No había manos para tantas bolsas repletas de tanto como compraba alegremente. A todo esto, la playa diaria y esa rutina de ir a poner la sombrilla y salir luego a los bares de una manera distendida sin saber incluso si llegábamos a comer.

Entre tantas cosas recuerdo cristalínamente a mi padre en un bar en la parte antigua de la ciudad, cerca del castillo, viendo en un televisor las Olimpiadas de Munich y por encima de todo su forma de interactuar con esa cantidad de extranjeros que no hablaban ni una sola palabra de castellano y con los que mi padre se comunicaba improvisando palabras que a día de hoy me siguen pareciendo un misterio. Por ejemplo, Dios sabe que es lo que le impulsaba a saludarlos diciendo "Gustipén" u otro tipo de palabras espontáneas que se fueron con él.

Si a Benidorm partimos de madrugada para llegar y vivir el día, al pueblo regresamos al caer la tarde y llegar en plena noche. Recuerdo una sensación extraña, como de haber estado en un lugar mágico, un lugar que era un auténtico ensueño, donde mi madre era una reina agasajada en todo momento al igual que mis hermanas y yo. Sí, lo tengo en la memoria como un sueño en el que éramos verdaderos reyes de la vida. Aún hoy en día, cuando regreso a Benidorm vuelvo a revivir esta sensación tan profunda que hace que a pesar de haber vivido miles de experiencias de todo tipo, de haber viajado y conocido un sinfín de lugares desde entonces, sea este lugar el predilecto de mi imaginario mágico.

Nosotros vivimos aquella experiencia con plenitud, sin dobleces de ningún tipo. Benidorm era el paraíso de felicidad donde habíamos sido los afortunados de ir y pertenecer durante un mes. Yo me obsesioné con todo aquello y, en general, con todo Alicante, que se convirtió en mi particular Parnaso. Fue algo que marcó mi infancia pues por motivos, me imagino que laborales, no pudimos volver a veranear hasta diez años después, de tal manera que las sensaciones de mi infancia se confrontaron con las de la de mi última adolescencia, un periodo absolutamente convulso y, de nuevo, esencial en mi vida. Estuvimos yendo así durante varios años consecutivos pero ahora solo quince días de julio que pasábamos en uno de los apartamentos gigantes que había en primera línea de playa, justo encima del Florida. Quince días en los que mis padres volvían a ser esos grandes reyes dedicados a sí mismos y a hacernos felices con todo lo que aquel lugar nos podía ofrecer.

Cuento todo esto pues creo que es imposible comprender Benidorm si prescindimos de esa parte de la historia de España, sin ese desarrollismo enfocado en la gran máquina de subsanar la economía y las costumbres llamada turismo y sin, esencialmente, la experiencia personal que acarrea cada una de las vivencias que se suceden en este inmenso escenario vacacional, posiblemente una de las grandes creaciones, indiscutible obra de arte urbanística, más destacadas del siglo XX español. Una obra de arte que solo es posible entender desde lo real participativo vívido.

Sigo en mi historia: en esa época yo quería ser fotógrafo. Tenía una Yashica MG1 que me habían comprado mis padres en una de esas excursiones que se hacían entonces a Ceuta. Me levantaba temprano y paseaba por la playa buscando algo especial que fotografiar y al final fotografiaba a mis hermanas siempre dispuestas a posar para mis juegos y felices de ser protagonistas de las imágenes. Benidorm era demasiado inmenso en estímulos como para ser el primer capítulo de un tardoadolescente queriendo ser fotógrafo. Al final me di cuenta de que no tenía sentido seguir siendo fotógrafo si no tenía algo importante que contar y dejé la cámara solo para que fuese una herramienta de mi vida cotidiana y familiar. Amaba demasiado las imágenes que ya veía por todas partes y empezaba a estudiarlas y sentía que no podía competir con ellas o que necesitaría una formación que no estaba dispuesto a recibir.

El álbum como esencia de la fotografía, el álbum como esencia misma incluso de la verdadera historia de la fotografía. A esa conclusión llegué años después y en ella sigo imbuido a día de hoy navegando por ese misterio del comportamiento humano que necesita respirar con imágenes de sus vidas, algo hasta hace poco solo perteneciente a una minoría e inexistente para toda la humanidad hasta la llegada de la fotografía tan solo un siglo y medio atrás.

La fotografía ha habitado Benidorm de una manera perfecta desde que esté empezó a convertirse en el enclave que es hoy mismo. Pocas vacaciones existen sin un registro fotográfico concreto. Es una norma impuesta en el comportamiento humano difícil de eludir. Benidorm habita en millones y millones de álbumes de todo el mundo, en millones de turistas puntuales que un día recalaron aquí y quisieron dejar constancia de ellos en los archivos de su memoria llamados álbumes fotográficos. Esa es la verdadera historia de la fotografía de Benidorm, la de los incontables turistas ocasionales o fijos de este espacio singular, la íntima visión que lo vivencial genera, la aproximación desde la complicidad y cercanía del que posa y el que dispara, la danza contemporánea de vivir en torno a imágenes robadas a nuestros mejores instantes. Esa es la fotografía que hace que Benidorm, como uno de los lugares de la felicidad para millones de personas, aparezca de una forma especial en esa historia otra de la fotografía a la que yo valoro y que no es otra que la imposible de contar y la compuesta por una humanidad inasible, que ha vivido no para ser controlada o contada por otros sino para ser ella misma sin más objeciones o atributos. En esta historia está mi familia, como tantos millones de familias, que se han ido sucediendo a lo largo de esta historia contemporánea de esta ciudad tan especial. Allí estamos todos danzando al son de un ritmo impuesto desde un

estilo de vida concreto que se desarrolla a la perfección y que no tiene más trampa que la misma trampa ya asumida, el gran trampantojo perfecto que es la ciudad.

Sin embargo existe un estadio paralelo de entender la fotografía y aunque no tan numeroso ni universal es esencial. Se trata de la fotografía que pretende no ser tanto vivencia como pensamiento. Fotografías que no surgen solo de los casuales encuentros sino de una planificación concreta, aunque no exenta de sorpresa, en la que un creador de imágenes, un pensador que usa la herramienta fotográfica como base, un artista, un fotógrafo, se acerca a una realidad y la trata de representar con una finalidad aunque esta no sea muy concreta. Fotógrafos que se acercan a mirar, a interpretar un mundo al que no pertenecen

e intentan sobrevolar sobre él desde su óptica particular para obtener unas imágenes que puedan definirlo tal y como su pensamiento ha enfocado.

Lo que nos encontramos en esta exposición son tres ejemplos de este tipo de fotografía creativa, tres acercamientos a Benidorm desde el pensamiento acoplado a la cámara.

En este sentido es necesario partir del hecho de la distancia de lo que interpretan con ellos mismos. Esa distancia es esencial pues implica un punto de vista a través del cual desaparece lo cercano que implica lo familiar a lo que yo me refería anteriormente. La fotografía cotidiana de los álbumes conlleva una carga de memoria importante pero también un carga paralela de ternura que difiere lógicamente de la fotografía de una persona que es ajena al hecho individual y que observa a personas anónimas.

Amitad de los años setenta, más al sur, en Almería, Carlos Pérez Siquier, padre del mítico grupo AFAL, empezó a documentar la transformación del paisaje de aquellas playas cada verano y a

generar imágenes de los nuevos comportamientos de una sociedad demasiado recatada que ya empezaba a ser dueña de su cuerpo de tal manera que se desprendía de pudores antiguos y se desnudaba frente al mar. Carlos Pérez Siquier, sin pretenderlo, generó con sus imágenes una archivo antropológico magnífico en el documentaba la transición de todo un país en torno al comportamiento de esos cuerpos que ahora aparecían en las playas. En un texto que escribió para él hace poco escribió: "El cuerpo, por primera vez en la fotografía de creación española era el absoluto protagonista, pero un cuerpo curiosamente seccionado, incluso decapitado constantemente en esas tomas absolutamente esteticistas. Un retrato de un mundo donde lo menos importante, incluso lo más prescindible, era el rostro. Un cuerpo donde la celulitis, las marcas de la ropa, las cicatrices, las varices, las estrías, los lunares, los granos, las prótesis incluso, se mostraban sin pudor en espacios públicos.



Un país megacatólico y puritano de la noche a la mañana tira el luto y las mantillas y se enfunda licras de colores y estampados chirriantes y se lanza a la playa con todo tipo de accesorios de plástico, ese mismo plástico entonces inocente que hoy, cuarenta años más tarde, se nos ha revelado y convertido en una amenaza gigantesca. Un plástico que estaba, y está, en las telas, en las botellas, en las bolsas, en los muebles, en las cremas o en esos absurdos anteojos para cubrir los ojos del sol. Un plástico que era el mejor aliado de este gran escenario de cuerpos grotescos que parecía ser la playa española. Cuerpos desnudos a la búsqueda de un bronceado que se imponía como ideal de belleza de la época, pero cuerpos que, incluso, estando desnudos aparecían asexuados” Con Carlos Pérez Siquier y su uso sin complejos del color fotográfico como elemento creativo, el pensamiento fotográfico iniciaba un nuevo capítulo especial que era el de la mirada sobre estos espacios nuevos que el nuevo mundo ofrecía y que además tenía a España y su sinfín de asentamientos turísticos como protagonista.

Para entender el trabajo de Martin Parr, Cristina de Middel y María Moldes en torno a Benidorm creo que hay que partir de esta serie sin fin de Carlos Pérez Siquier que, no solo ya es un hito en la fotografía europea sino una obra esencial para entender la transición de toda una sociedad como la española.

Ni Carlos Pérez Siquier es turista en Almería, de la misma forma que estos tres creadores lo son de Benidorm. Cristina de Middel va allí como trabajadora de un periódico provincial, María Moldes llega para desarrollar un proyecto concreto y Martin Parr, aunque llegue y conviva con sus compatriotas no es en ningún momento un turista sino un pensador en torno a los suyos. Los tres sucumben ante el exceso visual que ofrece la ciudad y en torno a ella generan un cuerpo de trabajo particular.

Cristina de Middel (Alicante, 1975) ha vivido al lado esta urbe particular parte de su vida, sin embargo a ella se ha acercado esencialmente para realizar un trabajo de simple y llana reportera de un periódico provincial. Para Cristina, lo importante de tanto estas fotografías como las miles que tuvo que realizar durante sus años de periódico, suponen la verdadera escuela en el desarrollo de su pensamiento fotográfico. La imagen que luego acompañaría a una noticia le abría un arco demasiado grande en el que poder entender la realidad o la verdad de lo que se contaba. Con Cristina a lo largo de los años hemos llegado a comprender que para el entendimiento humano la línea entre realidad y ficción es mucho más tenue de lo que se nos hace creer y que toda imagen es además la semilla de tantas historias como miradas piensen en ella. Pensamiento cuántico acoplado a las imágenes de los sucesos noticiales del consumo directo de noticias. Creo firmemente que es imposible separar a Cristina de Middel de este origen para entenderla. Ser y vivir en la Costa Mediterránea, en esa llamada Costa Blanca, le hace ser consciente de que todo es escenario y por tanto todo es representación. Cristina es de base fruto de un tiempo tan raro y convulso como esta siglo XXI que nace pero también de un espacio tan realmente ficticio como es todo el levante vacacional español.

Posteriormente, tras irse del periódico y de Alicante, ha regresado a ella para reflexionar sobre el lugar partiendo desde la anomalía del vértigo innato que ella sufre y hacerlo convivir con ese caos urbanístico vertical.

María Moldes (Portonovo, Pontevedra, 1974) llega a Benidorm tras haber desarrollado más al sur, en San Pedro del Pinatar, Murcia, un trabajo que le abrió un portal inmenso a través del cual observar a las personas mayores, sobre todo mujeres, en esas estancias vacacionales y esa emulación constante de la juventud en la que se asientan buena parte de sus comportamientos. De la misma forma que Pérez Siquier, María se queda fascinada por lo chirriante, el exceso de brillo y esas pieles y peinados resistiendo ese diluvio de sol diario al que como costumbre se someten día a día. María, aunque desde esta posición no puede ser una turista más, otorga a sus imágenes un cierto componente personal que hace que a veces llegue a interactuar con las personas que fotografía. Aunque en todo el trabajo hay un componente de crítica a un modelo de vida, a una sociedad consumista atroz, persiste en su mirada un alto grado de empatía a través del cual ella logra comprender algo más este mundo. Es posiblemente este componente lo que la separa del resto de reportajes que se hacen en torno a los habitantes de estos lugares. A todo ello, al mismo tiempo, deja libre actuar a un componente surrealista inherente a buena parte de las composiciones y escenas que realiza. Importante también es la reivindicación técnica que desde su trabajo proyecto al actuar sin complejos con un smartphone y de esta forma agilizar todo el proceso del trabajo y actuar de una manera más sutil y discreta.

Por su parte Martin Parr (Epson, Reino Unido, 1952) tiene en Benidorm una cantera sin fin para dar imagen a un mundo kitchs al que nadie como él ha sabido acercarse en todas partes del mundo y en todo tipo de clases sociales. Aquí él se entremezcla con los suyos, los turistas ingleses de paquetes de viajes baratos, que consumen sin fin en ese buffet libre de alcohol, plástico, sol y grasas polisaturadas que es Benidorm para sus días de vacaciones. Todo ello aderezado con primeros planos, picados y otro tipo de recursos para intensificar lo que ya de por sí ofrecen sus escenas y los protagonistas de las mismas. Posiblemente todo eso implica cierta distorsión en el abuso de esos recursos técnicos que usa con el fin de ofrecer una imagen grotesca de toda esa sociedad a la que en buena parte el pertenece. La imagen, el consumo de las mismas y a través de las mismas, es una parte más de ese exceso popular decadente y grotesco que sus fotografías nos muestran a veces excesivamente crudo. Sinceramente, a mí no me hubiese gustado que su mirada se hubiese detenido en mi familia, en mi madre gordita o en mi padre tan Paco Martínez Soria interectuando con su “Gustipen” con todo guiri que se cruzaba en su camino. Creo que el resultado hubiese sido un esperpento, todo lo contrario a la sublime sentido por personas como mis padres que sentían como un premio en la vida vivir en ese escenario durante unas semanas.

Lo que está claro es que un paisaje con tanto contraste, con tanto brillo, tantas lacas, tanto maquillaje, tanta grasa, tanto neón y, sobre todo, tantos protagonistas viviendo en esa representación de felicidad permanente, es un filón sin fin para los valientes aventurados a mirar a los ojos a ese viejo monstruo que allí habita. Benidorm es el sumun de lo gozoso barato. Todo rezuma felicidad, alegría perfecta para acompañar todo descanso estival y toda jubilación merecida tras una vida repleta de esfuerzos y sacrificios. La representación generada casi de una manera casual, ha confeccionado un escenario único para ofrecer a media humanidad ser el lugar idóneo para una buen capítulo festivo o final de una vida. Curioso espacio en el que alegría de vivir y muerte conviven felizmente.

Para un fotógrafo, para un pensador, Benidorm se ofrece como un lugar propicio para quien se atreva a reflexionar sobre la vida misma y sobre todo se quiera centrar en observar cómo gestionamos el final de la misma. Aquí, cómo decía Morrissey, todos los días son domingos y no hay complejo de que así sea. Es el sentido de esta ciudad y el eco de todas las problemáticas que lanzan los noticieros diariamente chocan contra esa nube de esterillas, flotadores y sombrillas, terrazas y platos combinados que protegen de la otra verdad del mundo que hay más allá de la autovía o enfrente de ese mar con ese islote tan especial que va unido a la vida y la leyenda viva de Benidorm.

Y es que antes de que sobre este enclave se posase la maquina insaciable del consumo vacacional y convirtiera a Benidorm en un enclave no solo vacacional sino esencialmente asociado a la jubilación y al final de la vida, contaban los locales una leyenda maravillosa sobre Benidorm y su isla: en uno de los grandes montes que protege el enclave de Benidorm, habitaba un gigante llamado Roldán que vivía feliz y enamorado de una campesina con la que convivía en una cueva. La leyenda dice que un día al gigante se le acercó una especie de oráculo que le predijo la muerte de su amada antes del final de ese mismo día; ante el miedo y desesperación por el final de la vida de su amada, el gigante arrancó un trozo de la montaña y la lanzó hacia el mar para darle al sol y así detener el paso del tiempo. Así, Benidorm y su isla están aferrados a esta idea de prolongar la vida, de detener lo que es imposible, de tratar de arrancar algo más a lo que de todas formas va a suceder. Veamos a Benidorm pues como un cierto pliegue en nuestro entendimiento de los planos de la vida y la leyenda y sintamos como su actualidad y sus mitos se funden convirtiéndola en un lugar otro que diría Foucault, un lugar con unas normas diferentes del resto del mundo, un lugar con una estructura de tiempo y unos habitantes distintos a los de las ciudades habituales.

Cuando yo recibí la invitación de El País para plantear un lugar de vacaciones, sin darme cuenta hice algo parecido a lo que hizo ese gigante. La lucha por enfrentarme a la absoluta, lo contundente de la muerte de un ser querido me hizo aferrarme a lanzarle una postal precisa a un lugar incierto. Una postal, como esa gran roca que el gigante Roldán envió hacia el mar para detener el tiempo. El tiempo pasa y la roca, la isla, sigue ahí, las postales son ahora de otra manera y las personas siguen viniendo y habitando este lugar de una manera diferente. Cada vez que yo vuelvo - y escribir sobre ello es volver- mi padre va conmigo aunque yo no lo pretenda y es que creo que los lugares solo pueden ser entendidos desde nuestra propia experiencia personal. Por eso Benidorm para mí es tan importante y aún, muchos años después, es un lugar al que me gusta recurrir y participar en su particular dialogo sin pudor con el tiempo y la vida. Con la invitación a escribir este texto, me dejó arrastrar una vez más por mi memoria y me convierte por un instante, y una vez más, en Roldán lanzando la piedra que detenga el tiempo, la piedra que por un instante me ofrezca caminar de la mano de mi padre por ese lugar tan extraño y particular que hay entre la tierra y el cielo llamado Benidorm, un lugar de una memoria compartida ante el que felizmente sucumbo.



Una exposición fotográfica de turistas en Benidorm en un museo de Benidorm, sí. Hemos crecido en esta ciudad, y como todos los residentes y turistas, hemos ayudado a la creación del imaginario de lo que es, de lo que significa para nosotros y para el resto del mundo. Por eso creemos que es ahora, cuando una pandemia está azotando todo el planeta, el momento idóneo para rescatar de nuestra memoria y de la de los demás, ese Benidorm relacionado con el turismo de masas, más POP, donde las luces de neón dan paso a la luz del sol que reina durante todo el año. Aquel donde los turistas británicos se divierten en la zona del Rincón de Loix, o los turistas patrios, ya mayores, realizan ejercicios en la playa de poniente y donde los jóvenes bailan en locales de ocio nocturno, o en festivales y conciertos que se reparten a lo largo del año. Un paradigma de ciudad donde la felicidad y la libertad rige el comportamiento de aquellos que llegan o están.

La muestra tiene como telón de fondo el turismo de masas, sí. Y también, su repercusión en el paisaje de Benidorm, en sus playas, en sus calles, en los propios turistas y en los turistas accidentales, la población que reside aquí durante todo el año. Con un lenguaje sencillo y directo, envuelto entre lo teatral y lo metafórico, el protagonismo de los personajes capturados por los artistas, así como de los encuadres, hacen que para los que vivimos en Benidorm, nos detengamos en una fracción de nuestra realidad cotidiana a la que no hemos prestado atención porque formábamos parte de ella.

La exposición reúne tres series fotográficas, la primera de ellas, la que da comienzo al recorrido narrativo, pertenece a Martin Parr (Epsom, Surrey, Reino Unido, 1952), una selección de diez instantáneas realizadas durante los últimos veinte años de la serie "Benidorm". Y es que Parr, desde el año 1997, la primera vez que lo visita, no ha dejado de venir de forma continuada a nuestra ciudad, convirtiéndose ésta en uno de sus lugares favoritos de actuación para su obra.

A primera vista, sus fotografías parecen exageradas o incluso grotescas, y entre los motivos que elige, prevalecen los relacionados con el ocio, el consumo y la comunicación. De colores llamativos y con perspectivas inusuales, pero llenas de crítica, seducción y humor. Lo que provoca que sus fotografías sean originales, entretenidas y comprensibles. De esta manera, Parr crea su propia imagen de sociedad, lo que le permite combinar un análisis de los signos visibles de la globalización con experiencias visuales fuera de lo común.

De Cristina de Middel (Alicante, España, 1975), se ha seleccionado la serie “I love Benidorm” realizadas entre los veranos de 2008 y 2009, con la que la artista reflexiona sobre el papel de Benidorm como estandarte del turismo de masas en el Mediterráneo. Un trabajo de investigación que abarca la ambigua relación que existe entre la verdad y lo que refleja la fotografía, con encuadres selectivos donde sus personajes y localizaciones nos cuentan historias que se amplifican al sesgar parte de su contexto, jugando así entre el acercamiento documental y lo conceptual, donde la realidad y la ficción se difuminan en arquetipos y estereotipos reconstruidos bajo su mirada.

Y por último, la serie “Escenas de la vida radioactiva”, de María Moldes (Portonovo, España, 1974), fotografías realizadas en 2013, en las que destacan los retratos de la población playera de Benidorm, con estética de la cultura popular y encuadres cerrados. Escenas cotidianas reales que lleva a su terreno, creando un mundo paralelo de ficción en el que el centro es lo surreal, la ironía y la melancolía. Imágenes cargadas de color y vitalidad, amplificadas por el medio utilizado para capturarlas, el Smartphone como herramienta, lo que le ha permitido acercarse a los sujetos que fotografía hasta distancias muy cortas, sin producir cambios en la actitud de los retratados.

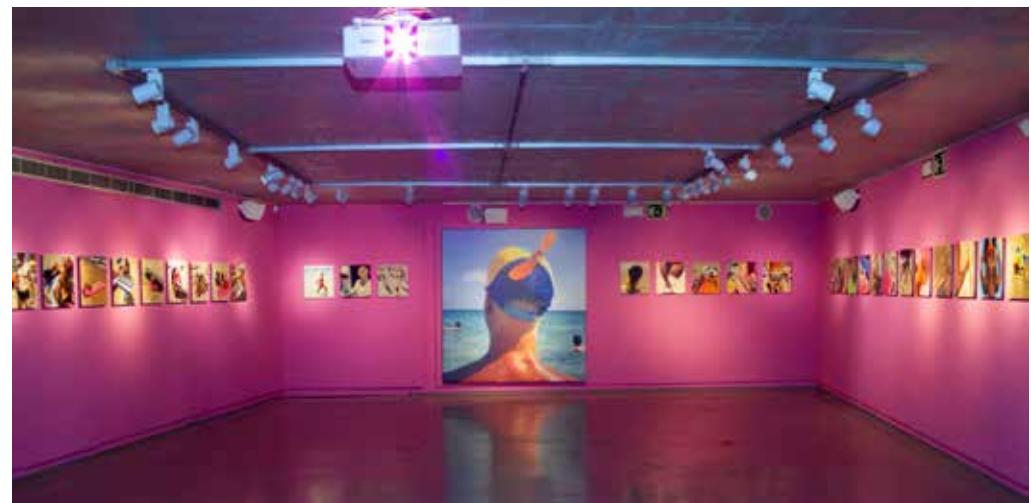
Tres series fotográficas que nacen de enfoques distintos y desde aproximaciones conceptuales particulares, que tienen aparentemente unos resultados estéticos parecidos, pero que esconden matices en cada una de las tomas seleccionadas, que nos permiten visualizar cosas familiares, pero de una manera completamente nueva.

Una exposición particular de la imagen global de Benidorm, un viaje al pasado desde el presente, con el anhelo de un futuro como el de siempre, como el que recordamos, donde todo se relativiza y se disfruta en un contexto equilibrado entre el flúor y lo kitsch, entre lo tradicional y lo nuevo. Un paraíso con jóvenes y no tan jóvenes, personas que vienen y van, que repiten, que se quedan, turistas, y turistas accidentales, que disponen de una ciudad donde las vacaciones no acaban nunca.

David Trujillo y Rafa Soria. Comisarios de la exposición.







**Martin Parr**





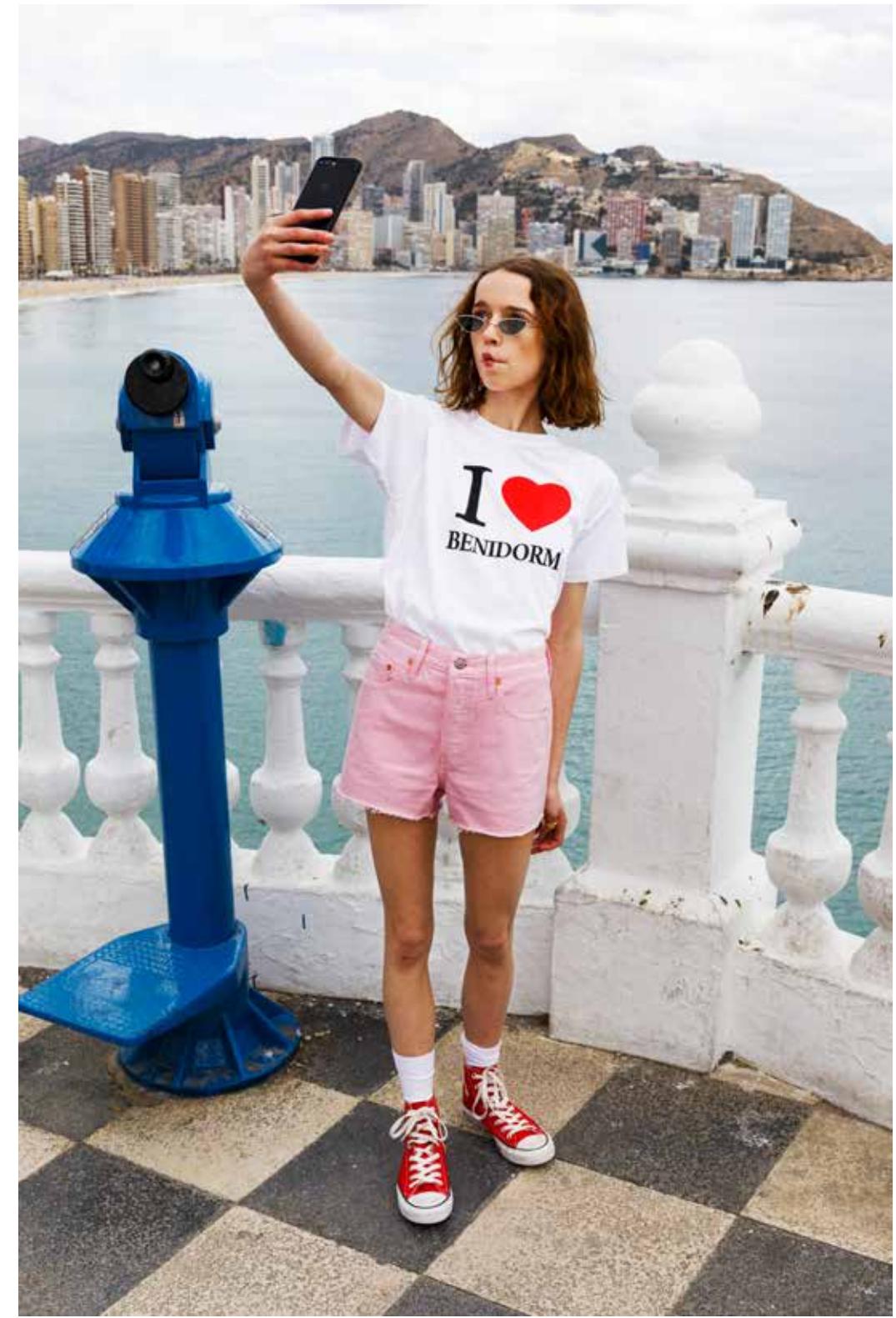






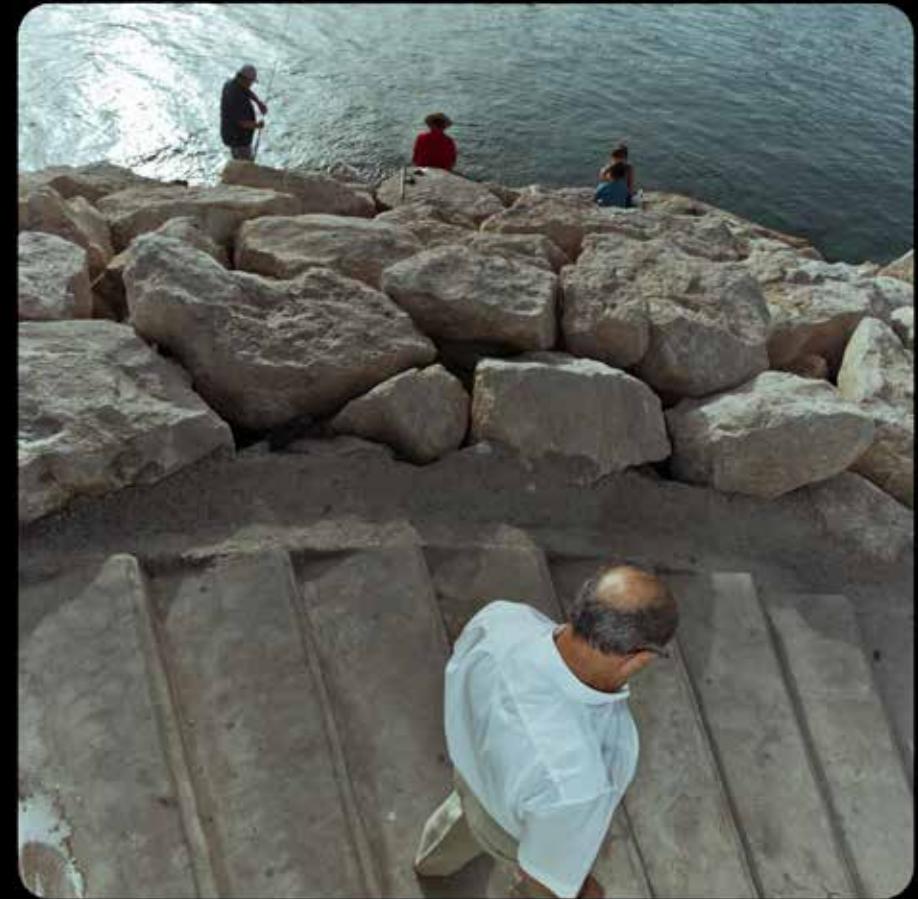






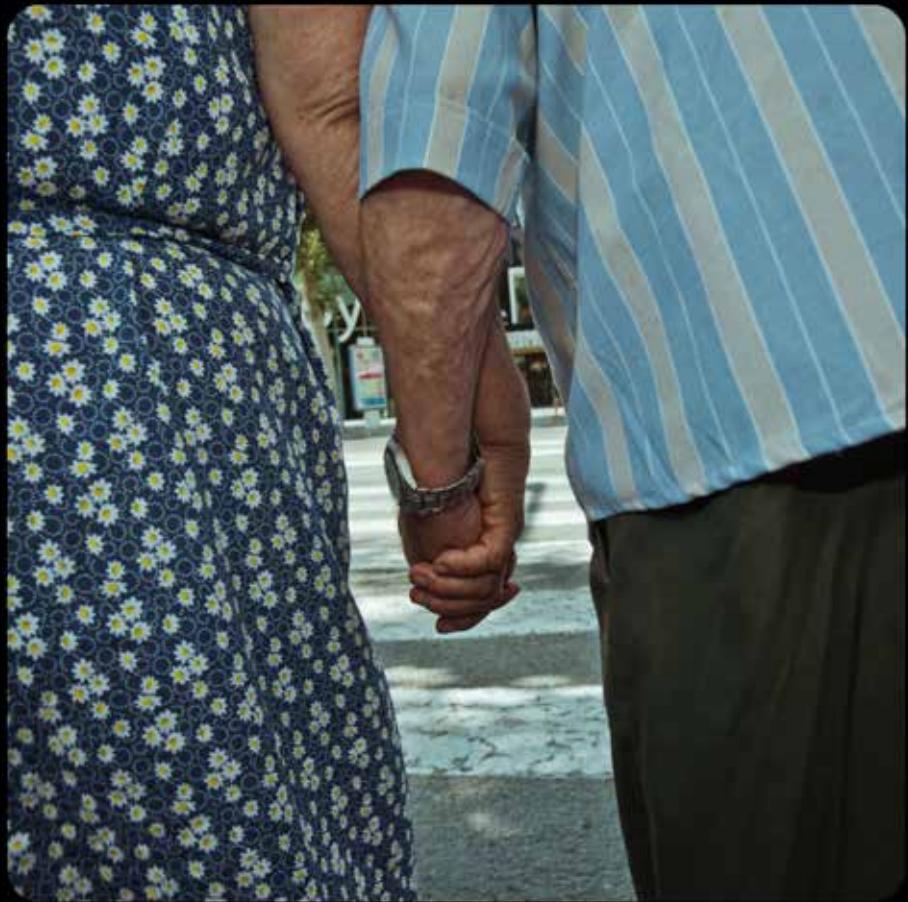
**Cristina de Middel**

















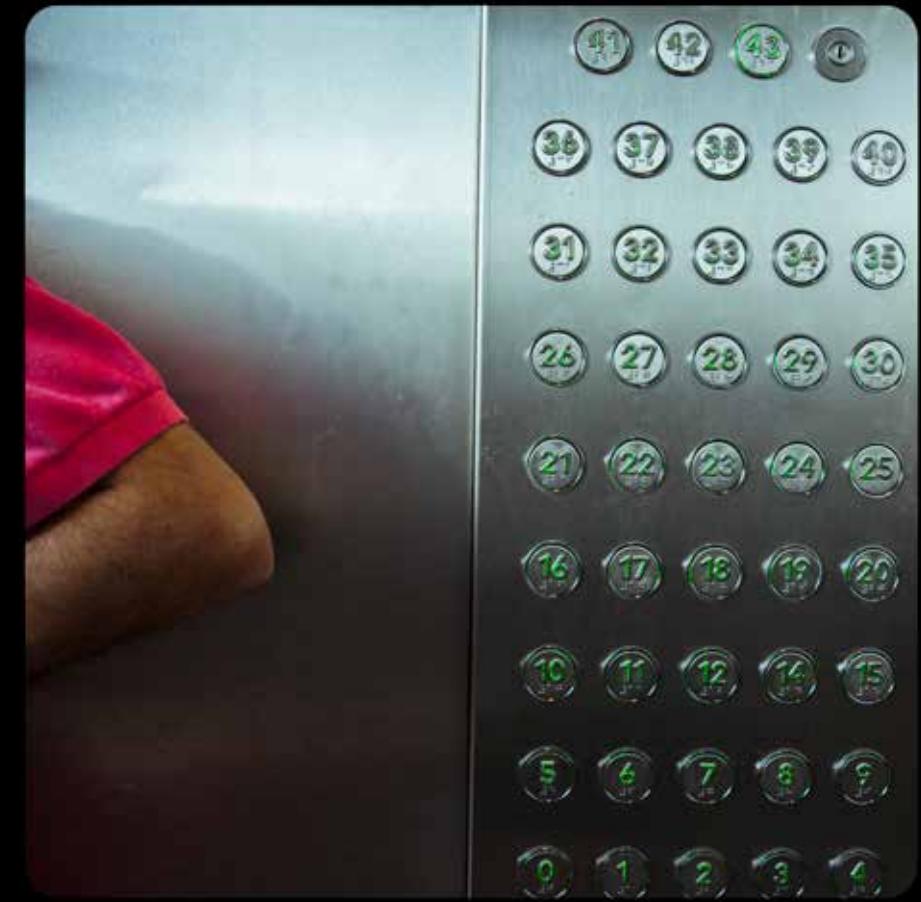








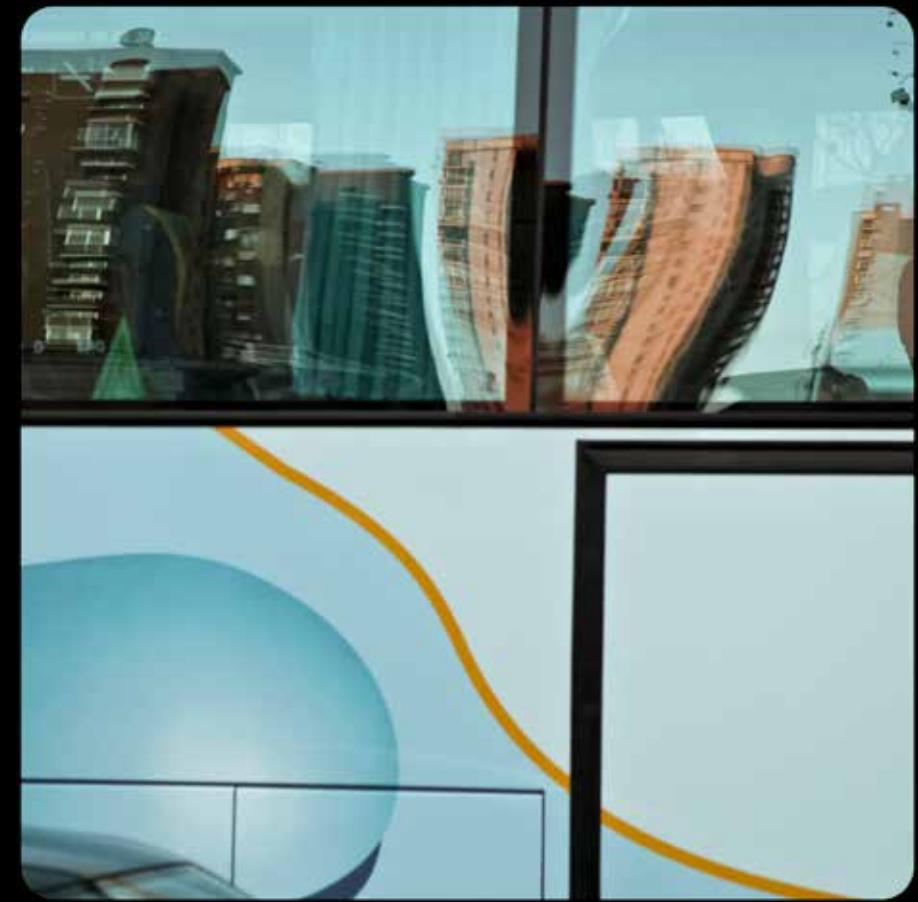


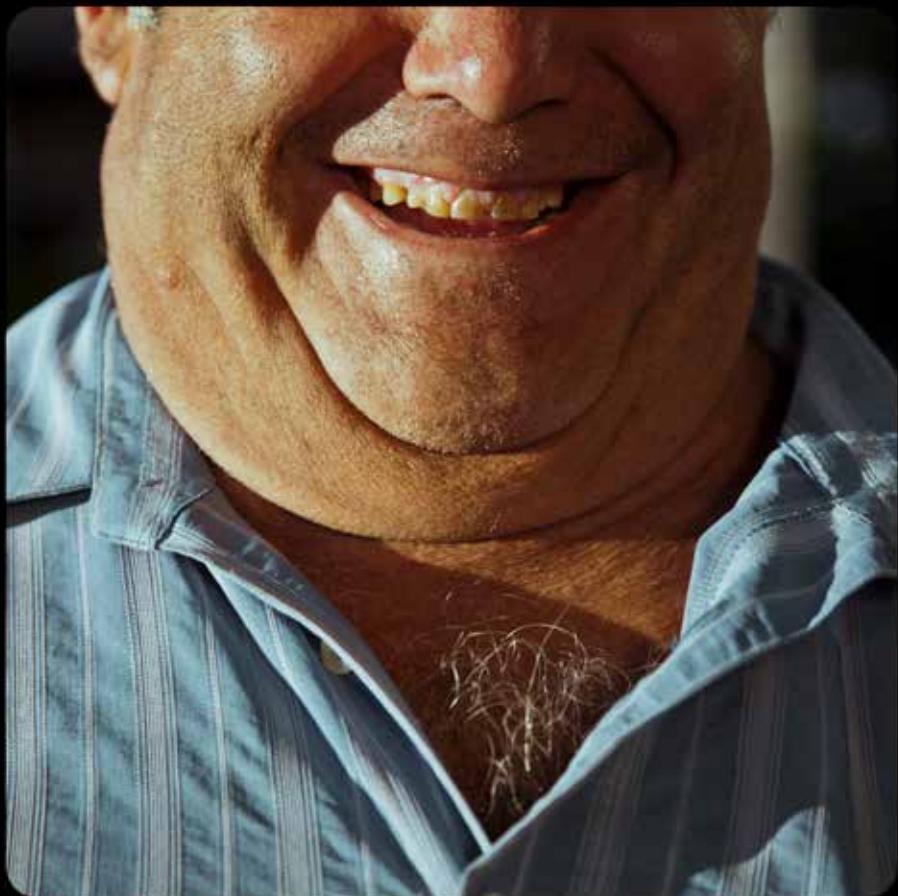












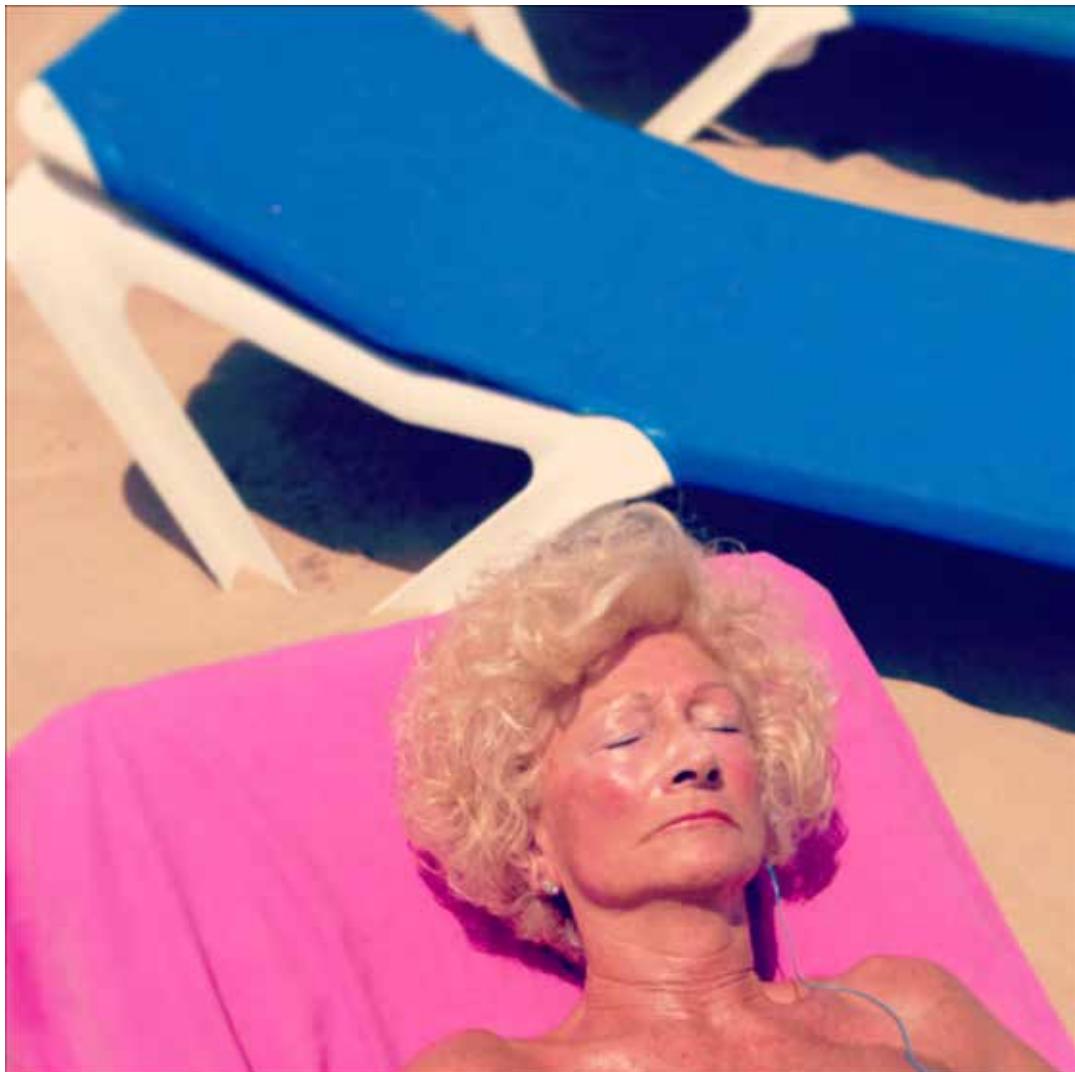


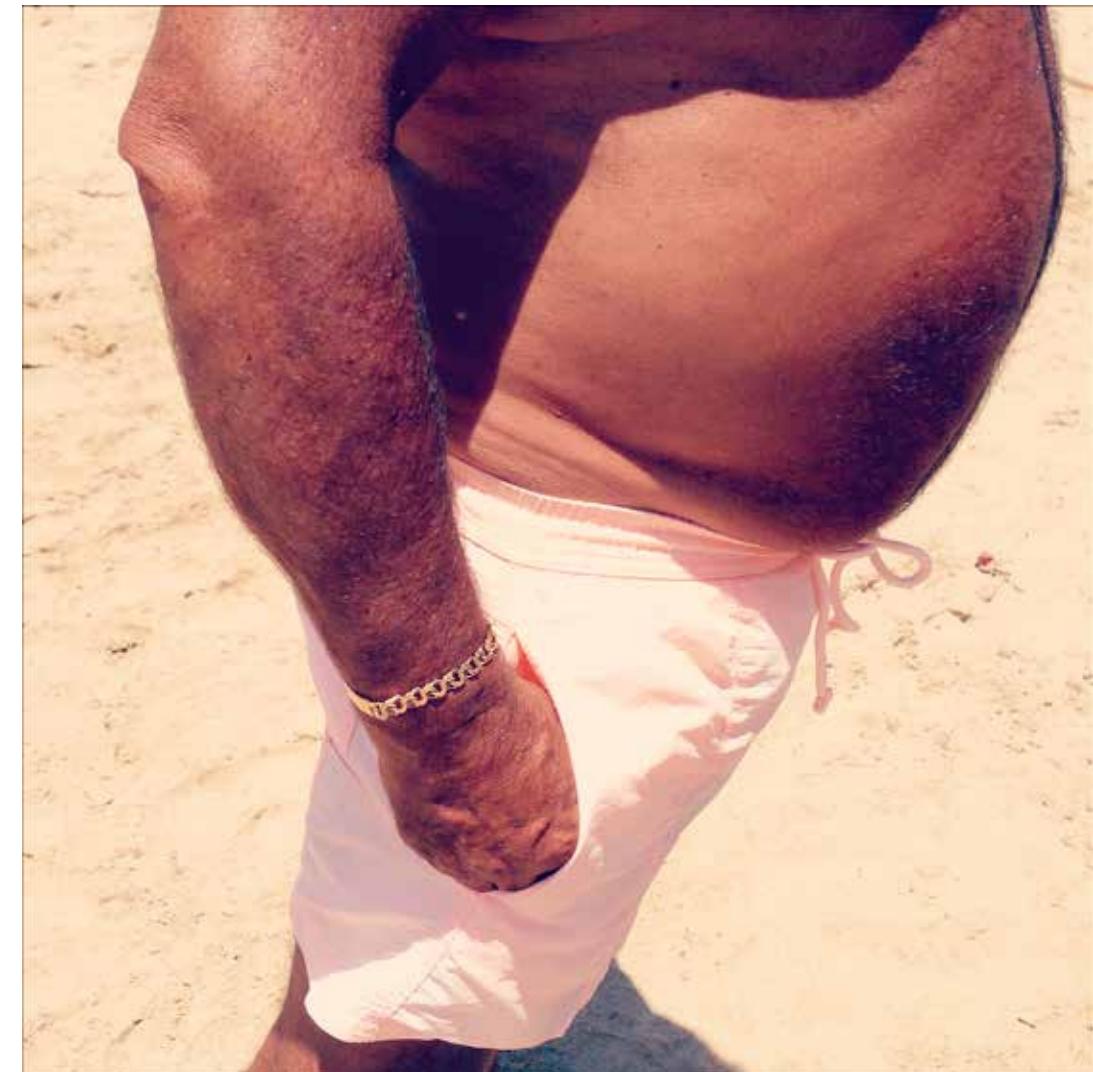
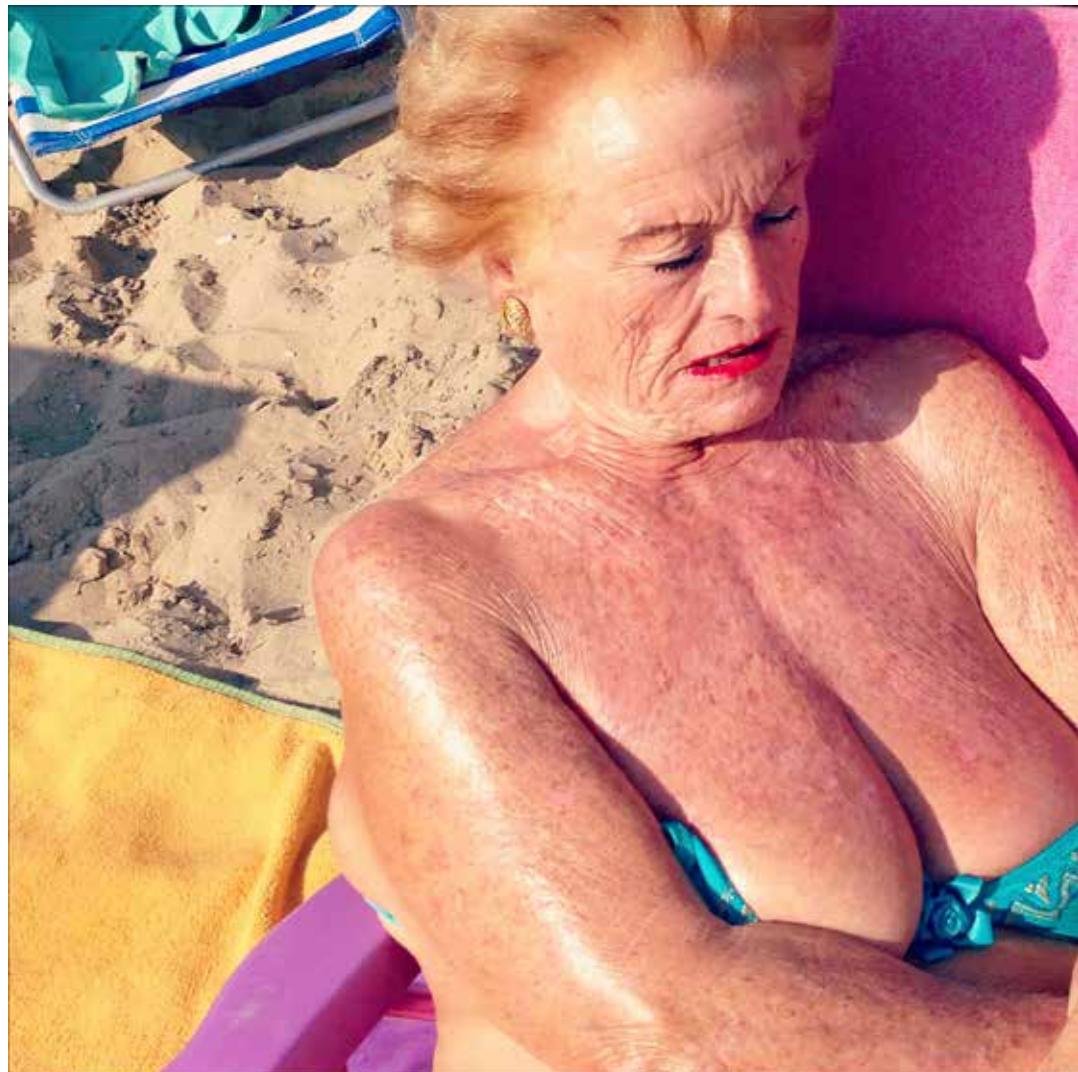


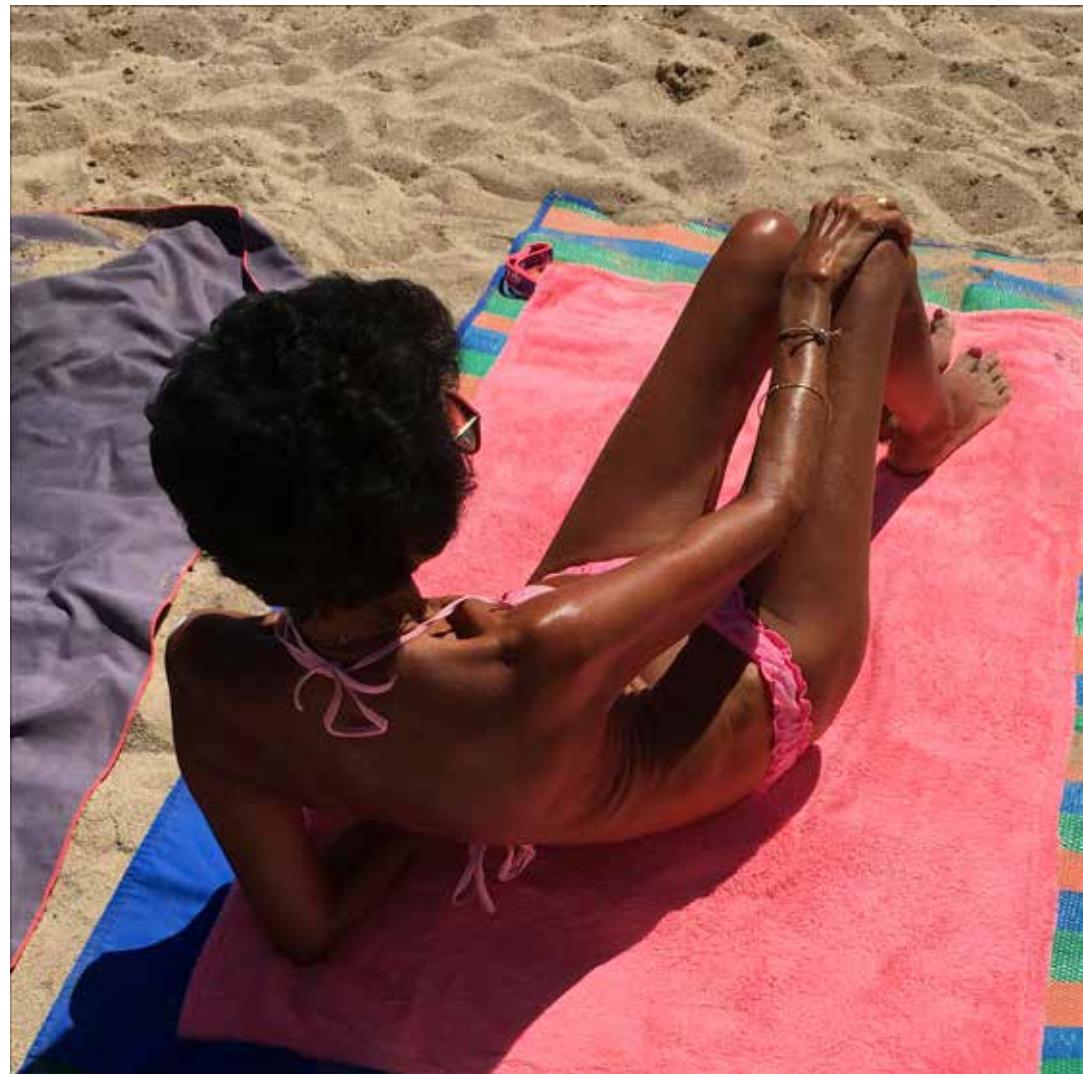


**Maria Moldes**

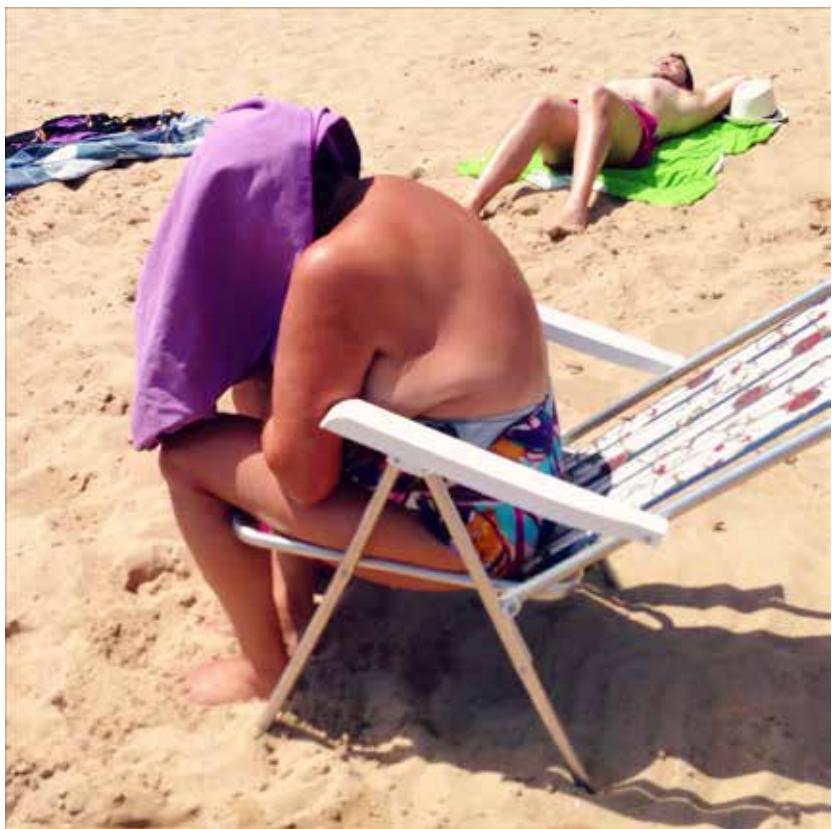


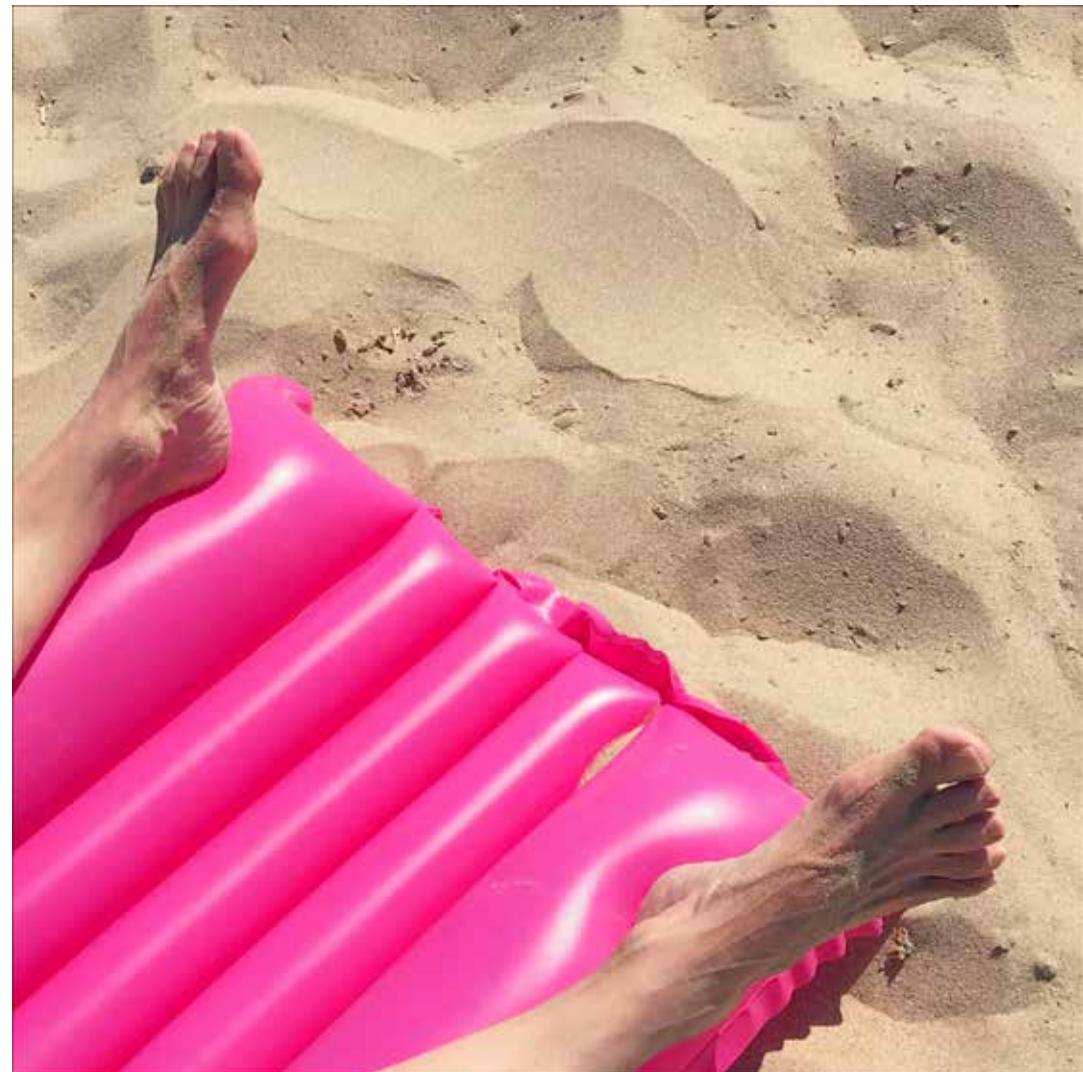
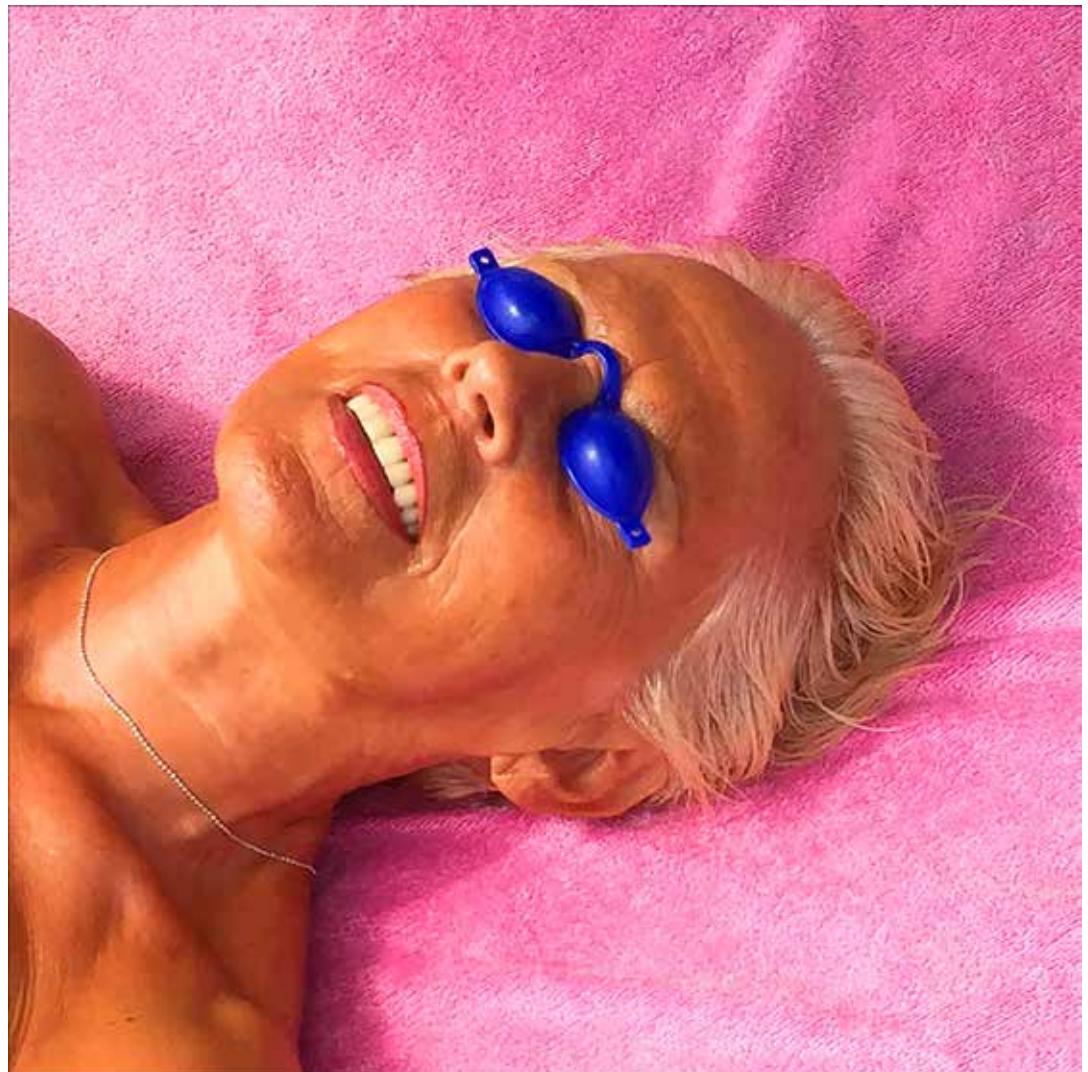


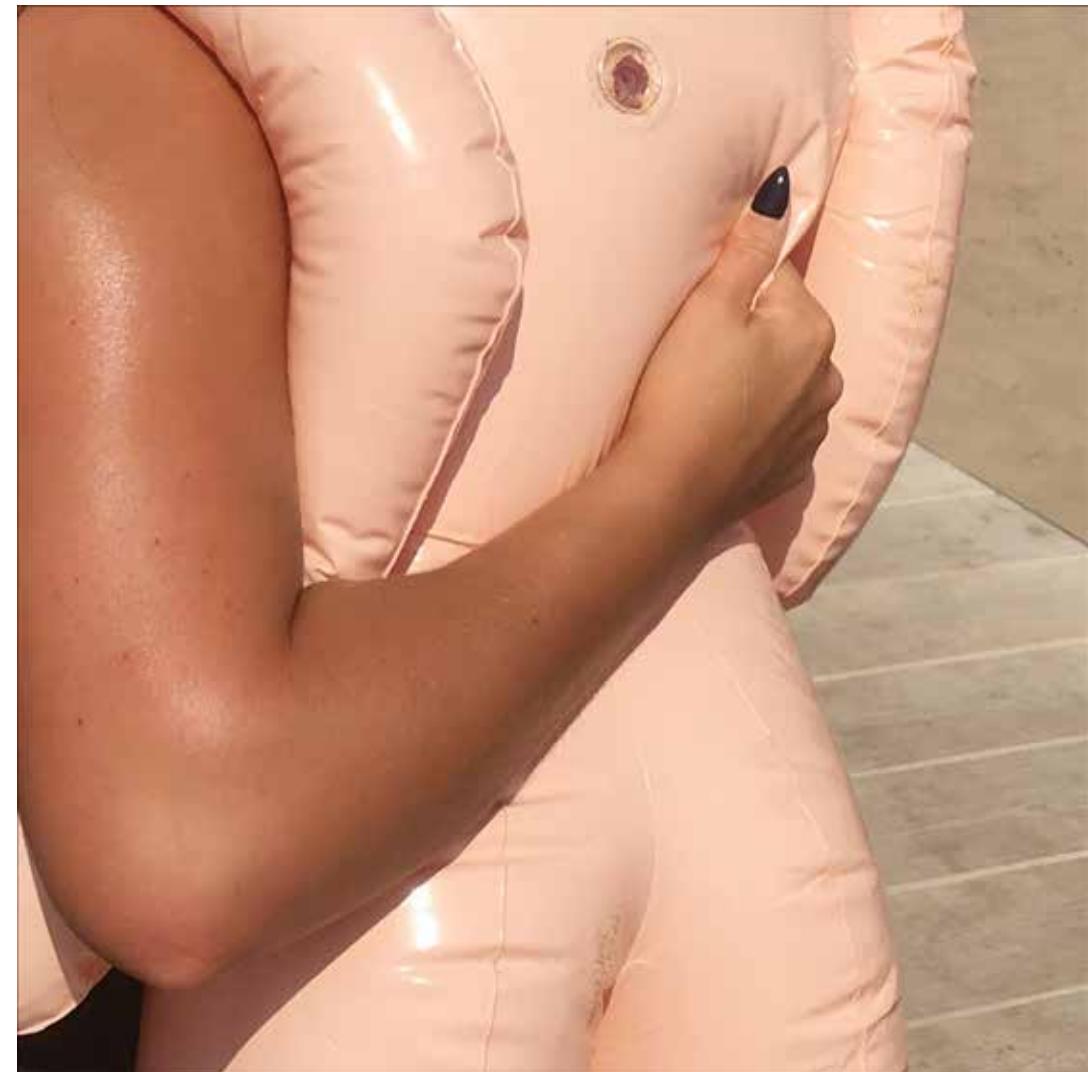








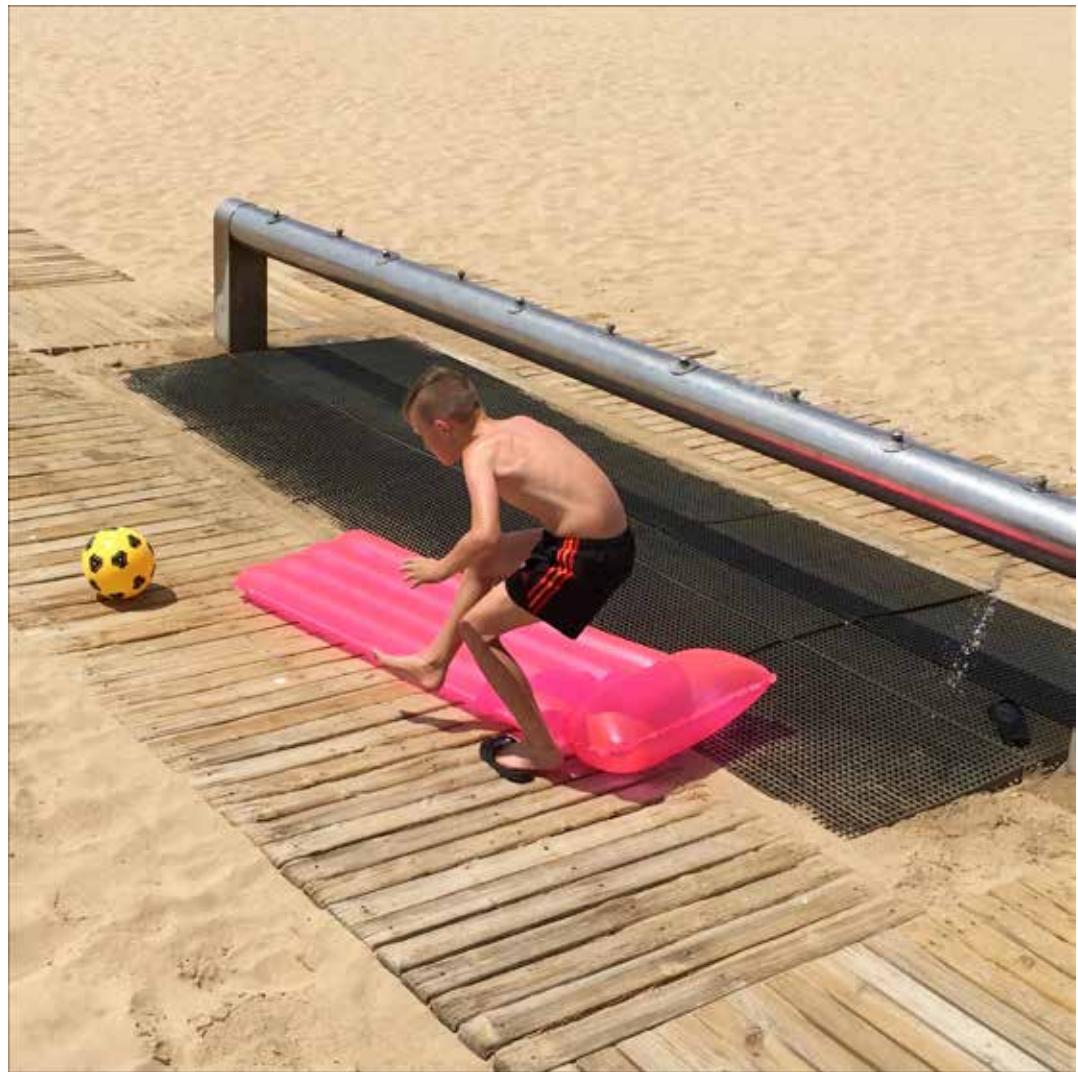






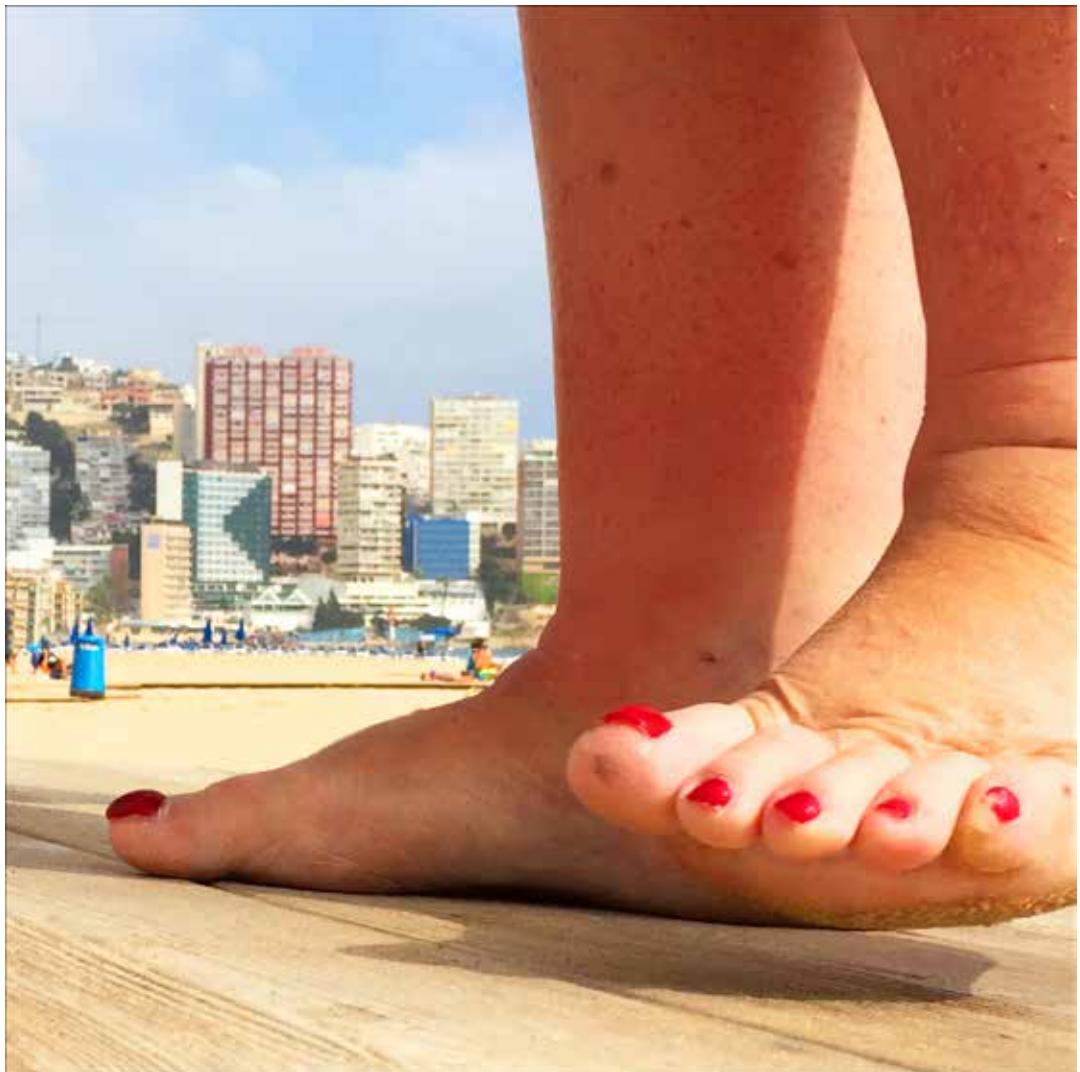




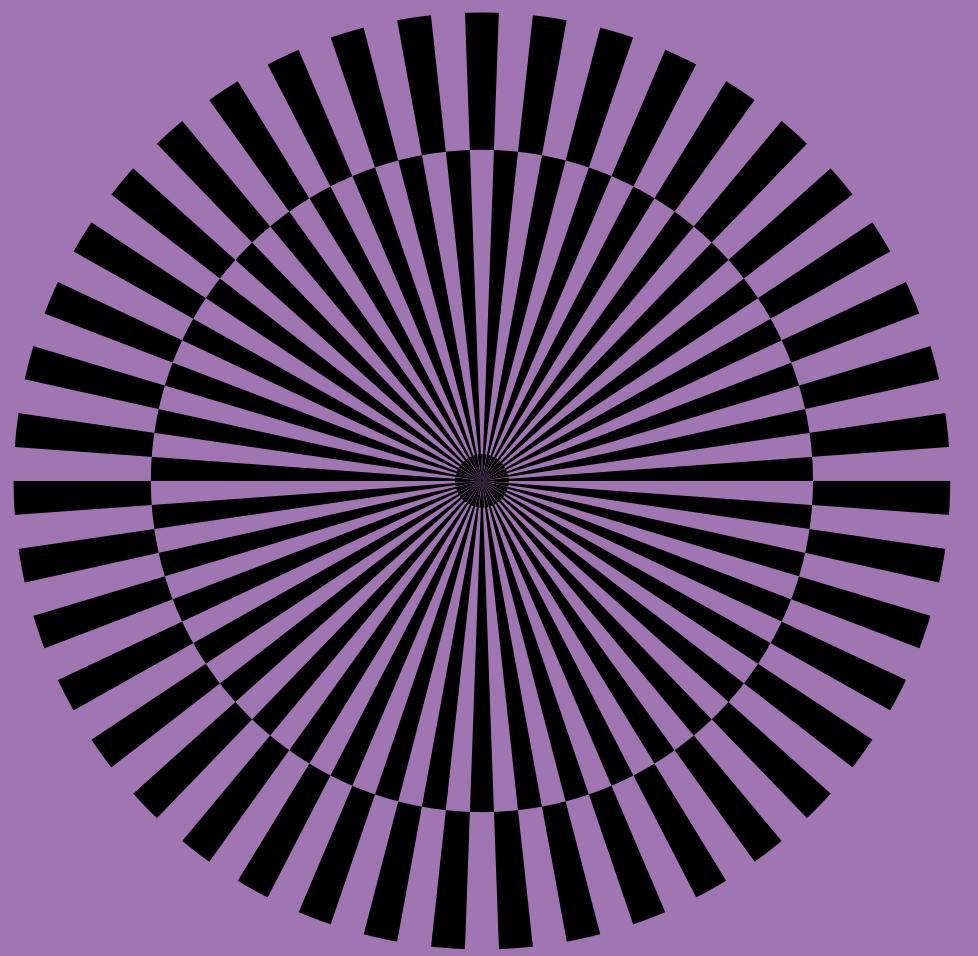












**Versió valenciana**

Benidorm ha lligat el seu nom al de Martin Parr, Cristina de Middel i María Moldes. Ho va fer molt abans fins i tot que 'El turista accidental' es concebés. Ho va fer pràcticament en el moment en què els tres, en un instant concret de les seves vides i de la seva trajectòria professional, van descobrir la ciutat.

L'impacte que Benidorm i els qui l'habiten temporal o permanentment van causar en aquests tres artistes, els va portar a dedicar una exposició o una sèrie fotogràfica a la ciutat. Uns treballs amb els quals aquests tres autors de projecció internacional han portat el nom de Benidorm pel món.

'El turista accidental' és la constatació que Martin Parr, Cristina de Middel i María Moldes van trobar a Benidorm un escenari humà i de pulsions digne de comptar, de ser observat, de retratar. I en el seu afany per captar aquesta realitat i aquesta essència van emprar la seva habitual eina de treball: una càmera analògica, una digital o un 'telèfon intel·ligent', amb resultats magnífics en tots els casos. El producte d'aquest treball és aquesta mostra que capture i exhibeix a la ciutat que rep amb els braços oberts i lliure de prejudicis, al Benidorm que, encara en constant canvi, porta dècades oferint felicitat.

Som coneguts a nivell nacional i internacional per les nostres platges urbanes, les millors del món; pel nostre model urbanístic vertical i en altura, referència internacional de sostenibilitat; per la mentalitat oberta que ens va portar a ser primera localitat costanera espanyola a permetre l'ús del \*bikini; o per ser el paradigma del turisme de masses i de la democratització de les vacances, enteses com un dret fonamental.

Ara, aquesta exposició contribueix sens dubte, des de l'artístic, a testificar i ser altaveu de l'espiritu i dimensió sociològica de Benidorm, d'aquesta ciutat i destinació turística que és també sinònim de llibertat i respecte.

I constitueix també un homenatge per a totes aquelles persones que al llarg dels anys ens han triat com a destinació per a les seves vacances, que han crescut amb la ciutat, que han participat en la configuració d'un espai de convivència i enteniment, en el qual cadascú tria com ser i com viure, desafiant estereotips.

Comptar amb aquesta exposició i gaudir de la mirada de Benidorm de Martin Parr, Cristina de Middel i María Moldes ha estat una satisfacció, que ara queda recollida en aquest catàleg; i estem convençuts que també serà un estímul perquè altres artistes fotogràfics posin els seus ulls a la ciutat i vulguin explorar-la a través dels seus visors.

Sr. D. Antonio Pérez Pérez, Alcalde de Benidorm.

Abans de recalar a Benidorm, l'obra de Martin Parr ha passat per alguns dels espais expositius més prestigiosos del món com la Tate Modern londinenca, el Pompidou de París, el Museu d'Art Modern de Tòquio o el Moma de Nova York. També el treball de Cristina de Middel i María Moldes s'ha vist en galeries i festivals de gran part d'aquestes capitals i en altres ciutats europees.

Ara, i sota el paraigua de 'El turista accidental', l'obra d'aquests tres referents de la fotografia i del retrat arriba al nostre museu Boca Calvari amb una exposició coral que consolida la rellevància de Benidorm dins del circuit nacional de l'art visual i en la qual la ciutat és fil conductor. Perquè Benidorm i el seu paisatge humà han estat font d'inspiració per als tres.

Així, aquesta exposició és una recopilació de la sèrie 'I love Benidorm' de Cristina de Middel; de fragments de les 'Escenes de la vida radioactiva' de María Moldes; i de les diverses incursions fotogràfiques de Martin Parr per a documentar el costat 'kitsch' de la ciutat. La compilació d'aquests treballs constitueix un recorregut per diferents moments i dècades amb un denominador comú: l'activitat turística de Benidorm i els seus protagonistes.

En ella, la ciutat i els seus turistes s'alcen com a elements artístics capaços de traslladar sentiments, formes de vida, i conceptes com la desinhibició, la diversitat i la integració.

Tot això es plasma a través de desenes de fotografies que immortalitzen detalls que en moltes ocasions escapen als ulls dels benidormenses o en els quals habitualment no reparem perquè formen part del nostre imaginari, de la nostra realitat i quotidianitat; d'un panorama amb el qual hem conviscut des de sempre sense ser conscients que justament això mateix ens feia especials, diferents i genuïns a la mirada d'uns altres.

Amb 'El turista accidental' Benidorm fa un pas més en la seva aposta per la fotografia en la seva programació artística. Una aposta que en els últims anys, i en sintonia amb la iniciativa 'Benidorm Exposa', s'ha potenciat en multiplicar els espais expositius a l'aire lliure i que es veu confirmada també amb la qualitat de les mostres que arriben a aquests Espais d'Art Urbà i al museu Boca Calvari.

No és una aposta a l'atzar, sinó meditada i conscient, perquè la fotografia és una expressió artística amb la qual el públic està molt familiaritzat, i per tant un vehicle expressiu potent i ineludible que en aquest cas serveix d'homenatge a tots els turistes que any rere any trien Benidorm i també per a mostrar al món l'autenticitat d'una ciutat que clama ser retratada i testimoniada

S.ª D.ª Ana Pellicer Pérez, Regidora de Patrimoni Històric i Cultural.

#### **El meu pare, Cristina, María, Martin i el gegant Roldán.**

Fa ja molts anys un periodista del diari El País em va proposar participar en una secció titulada La Postal de... que estaven duent a terme en les pàgines vacacionals de llavors i a través de la qual diferents signatures triarien un lloc predilecte o somiat per a passar les vacances. A una postal del lloc triat li accompanyaria un petit text que no ocuparia més del que es podria escriure en el seu revers. No ho vaig pensar dues vegades, vaig triar Benidorm i vaig escriure:

"Era la il·lusió del meu pare la que ens arrosegava a passar allí els estius de la meva infància. Vaig aprendre que les vacances, més enllà de la platja, les compres, les festes, eren ell i el seu immens desplegament d'amor cap a la meva mare, les meves germanes i jo, a través del que la ciutat ens podia oferir. Vaig tornar a Benidorm fa uns anys i vaig topar amb un escenari plagat de records. Ho vaig cridar i li vaig dir que sense ell allò no tenia sentit. Em va dir que aviat tornaríem junts, però va marxar abans del que es preveu i això no va ocórrer. Ara Benidorm és un lloc mític en l'univers de la memòria de la meva felicitat al qual difícilment podré tornar"

En El País van triar una postal de la mítica editorial Escut d'Or per a acompañar al text. Una vista panoràmica nocturna des del Racó de "Loix presidida per una gran palmera de focs artificials i una platja, la de Llevant, amb una sorra impoluta i "hiperiluminada i una mar que actua com a mirall d'aquesta llum artificial de la pàvora i d'aquesta urbs immensa de gratacel. Al fons, la platja de Ponent sembla més tranquil·la. Aquesta escena, encara que distava de ser la que millor s'acoblava al que la meva memòria guardava de Benidorm, la vaig acceptar com a imatge vàlida per a enviar al meu pare una postal des d'aquest món a l'altre.

La meva família és d'un poble de Ciudad Real, Calzada de Calatrava, una localitat que els anys setanta tenia uns sis mil habitants i, com gairebé tots, sortia d'una època molt dura d'allàment, immigració forçosa, i fins i tot subsistència en molts casos, i s'afferrava com podia a un nou món amb nous comportaments que venien de la mà del que els mitjans de comunicació mostraven però, sobretot, de les històries que el cinema oferia i les que veiem directament a través dels hàbits dels immigrants que cada estiu tornaven al poble. Vivíem una època molt activa en la qual els canvis es podien apreciar gairebé dia a dia; estàvem travessant el final d'una dictadura pura i dura a una, després dita, "dictablanda i transició democràtica. Uns anys de molt de moviment accelerat per la mort del dictador i on el temps ha demostrat tot estava replet de paranyos.

Però per sobre de les qüestions polítiques el so del món el marcava el consum, el sant consum que tot pot i que en tot aquest temps ja era l'eix únic de tot el que s'entenia com a progrés. S'establia un ideal de benestar basat en conceptes provinents de la gran propaganda mundial nord-americana imposada com l'única manera possible d'avançar social, política i sobretot econòmicament. Ja no es treballava només per a viure, ara es treballava per a consumir productes fins ara inexistentes i, per tant, innecessaris fins a uns instants enrere. Espanya sucumbia, com tot occident, a un model únic a través del qual era necessari disposar de coses i, entre aquestes coses, també calia tenir temps per a gaudir de les mateixes o temps per a comprar més coses.

El concepte vacances no existia fins llavors en un lloc on ningú viatjava a cap part a no ser per motius de treball, salut o molt concretes celebracions familiars. Aquesta idea de vacances de l'alta burgesia estava vigent des de finals de segle XIX però a un poble manxec com el meu no havia arribat ni per remei. Les vacances eren un

concepte de l'escola i dels immigrants i que només afectava l'alumnat, als docents i als quals venien de fora a retrobar-se amb la família.

Era 1972 quan el meu pare, que havia apostat a fer una primera obra de pisos i al qual, com a mig poble, li va tocar el gros de la loteria un any abans, es va trobar per primera vegada amb uns estalvis i va decidir que ens mereixíem unes vacances a Benidorm i passar allí un mes d'estiu com el feien ja tantes famílies d'altres llocs. M'imagino el que els meus pares, ja amb tres criatures petites, van sentir quan després de molts anys treballant sense parar al poble van optar decididament per afegir a les seves vides un regal tan especial com passar un mes en un lloc de platja tan particular com Benidorm. Vam ser de les primeres famílies del meu poble que feien una cosa similar, almenys l'única fins llavors entre les de tots els meus amics. El meu pare podria haver decidit Gandia, Calp, \*Torremolinos o qualsevol lloc de la costa mediterràni no llunyà a la Manxa, no obstant això va triar Benidorm perquè de tots els grans centres estiuencs que estaven salvant a Espanya de la crisi econòmica i donant una imatge nova de país avançat, era el punter, el més gran, el que més gratacel ja tenia, el més bullicios possiblement. El meu pare, en triar un lloc per a descansar, no buscava lògicament la pau de la qual ja disposava tot l'any al poble, buscava un lloc urbà, amb constants estímuls, amb olor de festa permanent i replet de persones seminues apinyades en platges paradísiques. Benidorm era el lloc idoni, el perfecte contrapunt a les nostres vides en la tranquil·litat manxega.

El primer de juliol d'aquest mateix anys ens presentem els cinc que érem la família amb \*Tomasillo \*Matapájaros, el taxista del poble, que ens va portar a tots en el seu cotxe en una escena que semblava de qualsevol pel·lícula coetània de Pedro \*Lazaga o Mariano \*Ozores. L'arribada va ser triomfal. Va ser com descendir a una realitat nova, érem astronautes vinguts des del camp a un lloc que irradiava molta lluentor, molt de soroll i molta vida. Record perfectament aquell mes de juliol en un gran pis del carrer \*Gambó que el meu pare, per la seva meravellosa manera de ser, va fer que no sols fos habitat per nosaltres sinó per molts familiars i amics del poble als quals havia convidat a passar alguns dies amb nosaltres en aquest mes sense fi. Jo tenia set anys i crec que és un dels capítols més sòlics en la meva primera memòria. El carrer \*Gambó amb uns recreatius immensos enfronti, les botigues de \*souvenirs on em van comprar un sobre amb centenars de segells de tot arreu del món, les revetilles a la nit en els baixos d'un hotel on una dona cantava tots els dies per \*Gingliola \*Cinqueti i sobretot les olors, els de les botigues de perfums, les pastisseries o els del mercat d'un carrer pròxim a la casa on el meu pare feliç canvia el rol de ser botiguier a ser un consumidor alegre i generós. No hi havia mans per a tantes bosses replete de tant com comprava alegrement. A tot això, la platja diària i aquesta rutina d'anar a posar l'ombrel·la i sortir després als bars d'una manera distesa sense saber fins i tot si arribàvem a menjar.

Entre tantes coses recordo \*cristalinamente al meu pare en un bar en la part antiga de la ciutat, prop del castell, veient en un televisor les Olimpíades de Munic i per sobre de tot la seva manera d'interactuar amb aquesta quantitat d'estrangers que no parlaven ni una sola paraula de castellà i amb els quals el meu pare es comunicava improvisant paraules que avui dia em continuen semblant un misteri. Per exemple, Déu sap que és el que li impulsava a saludar-los dient “\*Gustipén” o un altre tipus de \*palabros espontanis que es van anar amb ell.

Si a Benidorm partim de matinada per a arribar i viure el dia, al poble tornem a hora foscant i arribar en plena nit. Recordo una sensació estranya, com d'haver estat en un lloc màgic, un lloc que era un autèntic somni, on la meva mare era una reina complimentada en tot moment igual que les meves germanes i jo. Sí, ho tinc en la memòria com un somni en el qual érem veritables reis de la vida. Encara avui dia, quan return a Benidorm torno a reviure aquesta sensació tan profunda que fa que malgrat haver viscut milers d'experiències de tota mena, d'haver viatjat i coneugut una infinitat de llocs des de llavors, sigui aquest lloc el predilecte del meu imaginari màgic.

Nosaltres vivim aquella experiència amb plenitud, sense plecs de cap mena. Benidorm era el paradís de felicitat on havíem estat els afortunats d'anar i pertànyer durant un mes. Jo em vaig obsessionar amb tot allò i, en general, amb tot Alacant, que es va convertir en el meu particular Parnàs. Va ser una cosa que va marcar la meva infància perquè per motius, m'imagino que laborals, no vam poder tornar a estiuencar fins a deu anys després, de tal manera que les sensacions de la meva infància es van confrontar amb les de la de la meva última adolescència, un període absolutament convuls i, de nou, essencial en la meva vida. Vam estar anant així durant diversos anys consecutius però ara només quinze dies de juliol que passàvem en un dels apartaments gegants que hi havia en primera línia de platja, just damunt del Florida. Quinze dies en què els meus pares tornaven a ser aquests grans reis dedicats a si mateixos i a fer-nos feliços amb tot el que aquell lloc ens podia oferir.

Conte tot això perquè crec que és impossible comprendre Benidorm si prescindim d'aquesta part de la història d'Espanya, sense aquest desenvolupisme enfocat en la gran màquina d'esmenar l'economia i els costums anomenada turisme i sense, essencialment, l'experiència personal que implica cadascuna de les vivències que se succeeixen en aquest immens escenari vacacional, possiblement una de les grans creacions, indiscutible obra d'art urbanística, més destacades del segle XX espanyol. Una obra d'art que només és possible entendre des del real participatiu vívid.

Segueix en la meva història: en aquesta època jo volia ser fotògraf. Tenia una \*Yashica MG1 que m'havien comprat

els meus pares en una d'aquestes excursions que es feien llavors a Ceuta. M'aixecava d'hora i passejava per la platja buscant una cosa especial que fotografiar i al final fotografiava a les meves germanes sempre disposades a posar per als meus jocs i feliços de ser protagonistes de les imatges. Benidorm era massa immens en estímuls com per a ser el primer capítol d'un \*taradoadolescent volent ser fotògraf. Al final em vaig adonar que no tenia sentit continuar sent fotògraf si no tenia una cosa important que comptar i deixi la cambra sol perquè fos una eina de la meva vida quotidiana i familiar. Estimava massa les imatges que ja veia pertot arreu i començava a estudiar-les i sentia que no podia competir amb elles o que necessitaria una formació que no estava dispositat a rebre.

L'àlbum com a essència de la fotografia, l'àlbum com a essència mateixa fins i tot de la veritable història de la fotografia. A aquesta conclusió vaig arribar anys després i en ella segueix imbuit avui dia navegant per aquest misteri del comportament humà que necessita respirar amb imatges de les seves vides, una cosa fins fa poc només pertanyent a una minoria i inexistent per a tota la humanitat fins a l'arribada de la fotografia tan sols un segle i mig enrere.

La fotografia ha habitat Benidorm d'una manera perfecta des que estigué va començar a convertir-se en l'enclavament que és avui mateix. Poques vacances existeixen sense un registre fotogràfic concret. És una norma imposta en el comportament humà difícil d'eludir. Benidorm habita en milions i milions d'àlbums de tot el món, en milions de turistes puntuals que un dia van recalar aquí i van voler deixar constància d'ells en els arxius de la seva memòria anomenats àlbums fotogràfics. Aquesta és la veritable història de la fotografia de Benidorm, la dels incomptables turistes ocasionals o fixos d'aquest espai singular, l'intima visió que el vivencial genera, l'aproximació des de la complicitat i proximitat del qual posa i el que dispara, la dansa contemporània de viure entorn d'imatges robades als nostres millors instants. Aquesta és la fotografia que fa que Benidorm, com un dels llocs de la felicitat per a milions de persones, aparegui d'una forma especial en aquesta història altra de la fotografia a la qual jo valoro i que no és una altra que la impossible de comptar i la composta per una humanitat inagafable, que ha viscut no per a ser controlada o comptada per uns altres sinó per a ser ella mateixa sense més objeccions o atributs. En aquesta història està la meva família, com tants milions de famílies, que s'han anat succeint al llarg d'aquesta història contemporània d'aquesta ciutat tan especial. Allí estem tots dansant al so d'un ritme imposat des d'un estil de vida concret que es desenvolupa a la perfecció i que no té més parany que el mateix parany ja assumit, el gran artifici perfecte que és la ciutat.

No obstant això existeix un estadi paral·lel d'entendre la fotografia i encara que no tan nombrós ni universal és essencial. Es tracta de la fotografia que pretén no ser tant vivència com pensament. Fotografies que no sorgeixen només de les casuals trobades sinó d'una planificació concreta, encara que no exempta de sorpresa, en la qual un creador d'imatges, un pensador que usa l'eina fotogràfica com a base, un artista, un fotògraf, s'acosta a una realitat i la tracta de representar amb una finalitat encara que aquesta no sigui molt concreta. Fotògrafs que s'acosten a mirar, a interpretar un món al qual no pertanyen i intenten sobrevolar sobre ell des de la seva òptica particular per a obtenir unes imatges que puguin definir-ho tal com el seu pensament ha enfocat.

El que ens trobem en aquesta exposició són tres exemples d'aquesta mena de fotografia creativa, tres acostaments a Benidorm des del pensament acoblat a la cambra.

En aquest sentit és necessari partir del fet de la distància del que interpreten amb ells mateixos. Aquesta distància és essencial perquè implica un punt de vista a través del qual desapareix el pròxim que implica el familiar al que jo em referia anteriorment. La fotografia quotidiana dels àlbums comporta una càrrega de memòria important però també un càrrega paral·lela de tendresa que difereix lògicament de la fotografia d'una persona que és aliena al fet individual i que observa a persones anònimes.

A meitat dels anys setanta, més al sud, a Almeria, Carlos Pérez \*Siquier, pare del mític grup \*AFAL, va començar a documentar la transformació del paisatge d'aquelles platges cada estiu i a generar imatges dels nous comportaments d'una societat massa pudorosa que ja començava a ser propietària del seu cos de tal manera que es desprenia de pudors antics i es despulla enfront de la mar. Carlos Pérez \*Siquier, sense pretendre-ho, va generar amb les seves imatges una arxiu antropològic magnífic en el documentava la transició de tot un país entorn del comportament d'aquests cossos que ara apareixien a les platges. En un text que vaig escriure per a ell fa poc vaig escriure: “El cos, per primera vegada en la fotografia de creació espanyola era l'absolut protagonista, però un cos curiosament seccionat, fins i tot decapitat constantment en aquestes preses absolutament esteticistes. Un retrat d'un món on el menys important, fins i tot el més prescindible, era el rostre. Un cos on la cel-lulitis, les marques de la roba, les cicatrius, les varices, les estries, les pigues, els grans, les protesis fins i tot, es mostraven sense pudor en espais públics. Un país \*megacatólico i purità de la nit al dia tira el dol i les \*mantillas i s'enfunda \*llibras de colors i estampats \*chirriantes i es llança a la platja amb tota mena d'accessoris de plàstic, aquest mateix plàstic llavors innocent que avui, quaranta anys més tard, se'ns ha revelat i convertit en una amenaça gegantesc. Un plàstic que estava, i està, en les teles, en les ampolles, en les bosses, en els mobles, en les cremes o en aquestes absurdes ulleres per a cobrir els ulls del sol. Un plàstic que era el millor aliat d'aquest gran escenari de cossos grotescos que semblava ser la platja espanyola. Cossos nus a la cerca d'un broncejat que s'imposava com a ideal de bellesa de l'època, però cossos que, fins i tot, estant nus apareixien asexuats” Amb Carlos \*Perez \*Siquier i el seu ús sense complexos del color fotogràfic com a element creatiu, el pensament

fotogràfic iniciava un nou capítol especial que era el de la mirada sobre aquests espais nous que el nou món oferia i que a més tenia a Espanya i la seva infinitat d'assentaments turístics com a protagonista.

Per a entendre el treball de Martin \*Parr, Cristina de \*Middel i María \*Moldes entorn de Benidorm crec que cal partir d'aquesta sèrie sense fi de Carlos Pérez \*Squier que, no sols ja és una fita en la fotografia europea sinó una obra essencial per a entendre la transició de tota una societat com l'espanyola.

Ni Carlos Pérez \*Squier és turista a Almeria, de la mateixa forma que aquests tres creadors ho són de Benidorm. Cristina de \*Middel va allí com a treballadora d'un periòdic provincial, María \*Moldes arriba per a desenvolupar un projecte concret i Martin \*Parr, encara que arribi i convisqui amb els seus compatriotes no és en cap moment un turista sinó un pensador entorn dels seus. Els tres sucumbeixen davant l'excés visual que ofereix la ciutat i entorn d'ella generen un cos de treball particular.

Cristina de \*Middel (Alacant, 1975) ha viscut al costat aquesta urbs particular part de la seva vida, no obstant això a ella s'ha acostat essencialment per a fer un treball de simple i plana reportera d'un periòdic provincial. Per a Cristina, l'important de tant aquestes fotografies com les milers que va haver de realitzar durant els seus anys de periòdic, suposen la veritable escola en el desenvolupament del seu pensament fotogràfic. La imatge que després accompanyaria a una notícia li obria un arc massa gran en el qual poder entendre la realitat o la veritat del que es comptava. Amb Cristina al llarg dels anys hem arribat a comprendre que per a l'enteniment humà la línia entre realitat i ficció és molt més tènue del que se'n fa creure i que tota imatge és a més la llavor de tantes històries com mirades pensin en ella. Pensament quàntic acoblat a les imatges dels successos \*noticiables del consum directe de notícies. Crec fermament que és impossible separar a Cristina de \*Middel d'aquest origen per a entendre-la. Ser i viure en la Costa Mediterrània, en aquesta anomenada Costa Blanca, li fa ser conscient que tot és escenari i per tant tot és representació. Cristina és de base fruit d'un temps tan rar i convuls com aquesta segle XXI que neix però també d'un espai tan realment fictici com és tot el llevant vacacional espanyol.

Posteriorment, després d'anar-se del periòdic i d'Alacant, ha tornat a ella per a reflexionar sobre el lloc partint des de l'anomalia del vertigen innat que ella sofreix i fer-ho conviure amb aquest caos urbanístic vertical.

María \*Moldes (\*Portonovo, Pontevedra, 1974) arriba a Benidorm després d'haver desenvolupat més al sud, a San Pedro del Pinatar, Múrcia, un treball que li va obrir un portal immens a través del qual observar a les persones majors, sobretot dones, en aquestes estades vacacionals i aquesta emulació constant de la joventut en la qual s'assenten bona part dels seus comportaments. De la mateixa forma que Pérez \*Squier, María es queda fascinada pel \*chirriante, l'excés de lluentor i aquestes pells i pentinats resistint aquest diluvi de sol diari al qual com a costum se sotmeten dia a dia. María, encara que des d'aquesta posició no pot ser una turista més, atorga a les seves imatges un cert component personal que fa que a vegades arribi a interactuar amb les persones que fotografia. Encara que en tot el treball hi ha un component de crítica a un model de vida, a una societat consumista atroç, persisteix en la seva mirada un alt grau d'empatia a través del qual ella aconsegueix comprendre alguna cosa més aquest món. És possiblement aquest component el que la separa de la resta de reportatges que es fan entorn dels habitants d'aquests llocs. A tot això, al mateix temps, deixa lliure actuar a un component surrealista inherent a bona part de les composicions i escenes que realitza. Important també és la reivindicació tècnica que des del seu treball projecte en actuar sense complexos amb un telèfon intel·ligent i d'aquesta manera agilitar tot el procés del treball i actuar d'una manera més subtil i discreta.

Per la seva part Martin \*Parr (\*Epson, el Regne Unit, 1952) té a Benidorm una pedrera sense fi per a donar imatge a l'un món \*kitchs al qual ningú com ell ha sabut acostar-se a tot arreu del món i en tota mena de classes socials. Aquí ell s'entremescla amb els seus, els turistes anglesos de paquets de viatges barats, que consumeixen sense fi en aquest \*bufet lliure d'alcohol, plàstic, sol i greixos \*polisaturadas que és Benidorm per als seus dies de vacances. Tot això amanit amb primers plans, picats i un altre tipus de recursos per a intensificar el que ja de per si mateix ofereixen les seves escenes i els protagonistes d'aquestes. Possiblement tot això implica una certa distorsió en l'abús d'aquests recursos tècnics que usa amb la finalitat d'ofrir una imatge grotesca de tota aquesta societat a la qual en bona part el pertany. La imatge, el consum de les mateixes i a través d'aquestes, és una part més d'aquest excés popular decadent i grotesc que les seves fotografies ens mostren a vegades excessivament cru. Sincerament, a mi no m'hauria agratrat que la seva mirada s'hagués detingut en la meva família, en la meva mare \*gordita o en el meu pare tan Paco Martínez Soria \*intercambiando amb el seu \*\*Gustipen" amb tot \*guiri que es creuava en el seu camí. Crec que el resultat hagués estat un esperpent, tot el contrari a la sublim sentit per persones com els meus pares que sentien com un premi en la vida viure en aquest escenari durant unes setmanes.

El que és clar és que un paisatge amb tant de contrast, amb tanta lluentor, tantes laques, tant de maquillatge, tant de greix, tant de néó i, sobretot, tants protagonistes vivint en aquesta representació de felicitat permanent, és un filó sense fi per als valents aventurets a mirar als ulls a aquest vell monstre que allí habita. Benidorm és el \*sumun del gojós barat. Tot traspua felicitat, alegria perfecta per a acompanyar tot descans estival i tota jubilació merescuda després d'una vida repleta d'esforços i sacrificis. La representació generada gairebé d'una manera

casual, ha confeccionat un escenari únic per a oferir a mitja humanitat ser el lloc idoni per a una bon capitulo festiu o final d'una vida. Curiós espai en el qual alegria de viure i mort conviven feliçment.

Per a un fotògraf, per a un pensador, Benidorm s'ofereix com un lloc propici per a qui s'atreveix a reflexionar sobre la vida mateixa i sobretot es vulgui centrar en observar com gestionem el final d'aquesta. Aquí, com deia \*Morrisey, tots els dies són diumenges i no hi ha complex que així sigui. És el sentit d'aquesta ciutat i el ressò de totes les problemàtiques que llancen els noticiaris diàriament xoquen contra aquest nívol de \*esterillas, flotadors i ombrel·les, terrasses i plats combinats que protegeixen de l'altra veritat del món que hi ha més enllà de l'autovia o confront d'aquesta mar amb aquest illot tan especial que va unit a la vida i la llegenda viva de Benidorm.

I és que abans que sobre aquest enclavament es posés la màquina insaciable del consum vacacional i convertís a Benidorm en un enclavament no sols vacacional sinó essencialment associat a la jubilació i al final de la vida, contaven els locals una llegenda meravellosa sobre Benidorm i la seva illa: en un de les grans muntanyes que protegeix l'enclavament de Benidorm, habitava un gegant anomenat Roldán que vivia feliç i enamorat d'una pagesa amb la qual convivia en una cova. La llegenda diu que un dia al gegant se li va acostar una espècie d'oracle que li va predir la mort de la seva estimada abans del final d'aquest mateix dia; davant la por i desesperació pel final de la vida de la seva estimada, el gegant va arrencar un tros de la muntanya i la va llançar cap a la mar per a donar-li al sol i així detenir el pas del temps. Així, Benidorm i la seva illa estan aferrats a aquesta idea de prolongar la vida, de detenir el que és impossible, de tractar d'arrencar alguna cosa més al que de totes maneres succeirà. Vegem a Benidorm perquè com un cert plec en el nostre enteniment dels plans de la vida i la llegenda i sentim com la seva actualitat i els seus mites es fundin convertint-la en un lloc altre que diria \*Foucault, un lloc amb unes normes diferents de la resta del món, un lloc amb una estructura de temps i uns habitants diferents als de les ciutats habituals.

Quan jo vaig rebre la invitació d'*El País* per a plantejar un lloc de vacances, sense adonar-me vaig fer alguna cosa semblança al que va fer aquest gegant. La lluita per enfrontar-me a l'absolut, el contundent de la mort d'un ser estimat em va fer aferrar-me a llançar-li una postal precisa a un lloc incert. Una postal, com aquesta gran roca que el gegant Roldán va enviar cap a la mar per a detenir el temps. El temps passa i la roca, l'illa, segueix aquí, les postals són ara d'una altra manera i les persones continuen venint i habitant aquest lloc d'una manera diferent. Cada vegada que jo torno - i escriure sobre això és tornar- el meu pare va amb mi encara que jo no ho pretengui i és que crec que els llocs només poden ser entesos des de la nostra pròpia experiència personal. Per això Benidorm per a mi és tan important i encara, molts anys després, és un lloc al qual m'agrada recórrer i participar en el seu particular dialogo sense pudor amb el temps i la vida. Amb la invitació a escriure aquest text, em deixo arrossegar una vegada més per la meva memòria i em converteixo per un instant, i una vegada més, en Roldán llançant la pedra que detingui el temps, la pedra que per un instant m'ofereixi caminar de la mà del meu pare per aquest lloc tan estrany i particular que hi ha entre la terra i el cel anomenat Benidorm, un lloc d'una memòria compartida davant el qual feliçment sucumbeixo.

Rafael \*Doctor \*Roncero

## El Turista Accidental

Una exposició fotogràfica de turistes a Benidorm en un museu de Benidorm, sí. Hem crescut en aquesta ciutat, i com tots els residents i turistes, hem ajudat a la creació de l'imaginari del que és, del que significa per a nosaltres i per a la resta del món. Per això creiem que és ara, quan una pandèmia està assotant tot el planeta, el moment idoni per a rescatar de la nostra memòria i de la dels altres, aquest Benidorm relacionat amb el turisme de masses, més POP, on les llums de néó donen pas a la llum del sol que regna durant tot l'any. Aquell on els turistes britànics es diverteixen en la zona del Racó de Loix, o els turistes patris, ja majors, realitzen exercicis a la platja de ponent i on els joves ballen en locals d'oci nocturn, o en festivals i concerts que es reparteixen al llarg de l'any. Un paradigma de ciutat on la felicitat i la llibertat regeix el comportament d'aquells que arriben o estan.

La mostra té com a teló de fons el turisme de masses, sí. I també, la seva repercussió en el paisatge de Benidorm, a les seves platges, als seus carrers, en els propis turistes i en els turistes accidentals, la població que resideix aquí durant tot l'any. Amb un llenguatge senzill i directe, embolicat entre el teatral i el metaòric, el protagonisme dels personatges capturats pels artistes, així com dels enquadraments, fan que per als quals vivim a Benidorm, ens detinguem en una fracció de la nostra realitat quotidiana a la qual no hem parat esment perquè formàvem part d'ella.

L'exposició reuneix tres sèries fotogràfiques, la primera d'elles, la que dóna principi al recorregut narratiu, pertany a Martin Parr (Epsom, Surrey, el Regne Unit, 1952), una selecció de deu instantànies realitzades durant els últims vint anys de la sèrie "Benidorm". I és que Parr, des de l'any 1997, la primera vegada que el visita, no ha deixat de venir de forma continuada a la nostra ciutat, convertint-se aquesta en un dels seus llocs favorits d'actuació per a la seva obra.

A primera vista, les seves fotografies semblen exagerades o fins i tot grotesques, i entre els motius que tria, prevaleixen els relacionats amb l'oci, el consum i la comunicació. De colors cridaners i amb perspectives inusuals, però plenes de crítica, seducció i humor. El que provoca que les seves fotografies siguin originals, entretingudes i comprensibles. D'aquesta manera, Parr crea la seva pròpia imatge de societat, la qual cosa li permet combinar una anàlisi dels signes visibles de la globalització amb experiències visuals anés del comuna.

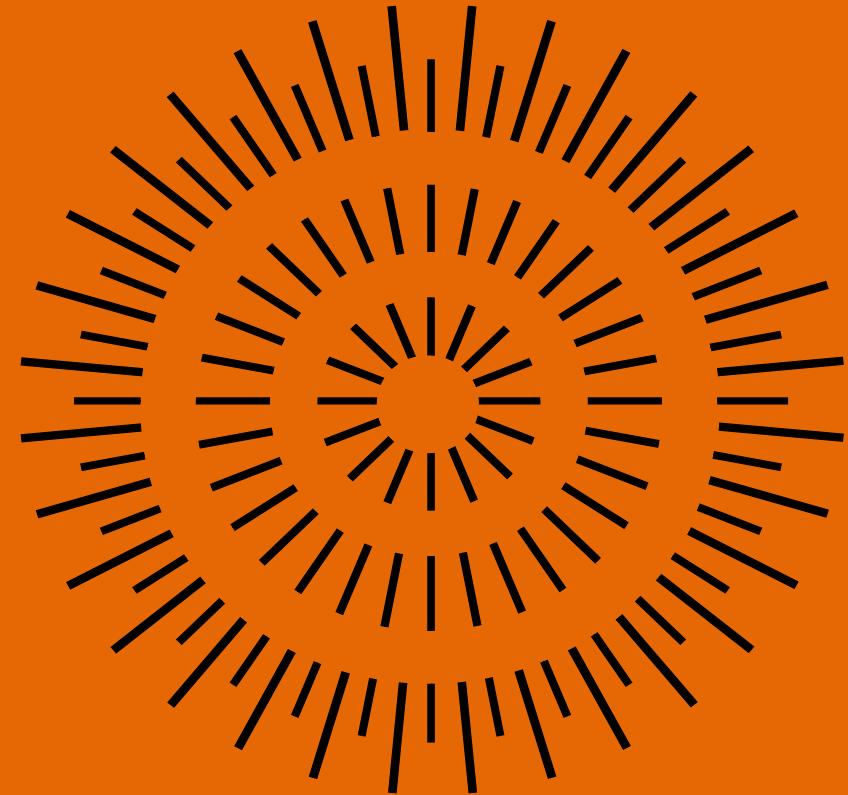
De Cristina de Middel (Alacant, Espanya, 1975), s'ha seleccionat la sèrie "I love Benidorm" realitzades entre els estius de 2008 i 2009, amb la qual l'artista reflexiona sobre el paper de Benidorm com a estàndard del turisme de masses al Mediterrani. Un treball de recerca que abasta l'ambigua relació que existeix entre la veritat i el que reflecteix la fotografia, amb enquadraments selectius on els seus personatges i localitzacions ens contenen històries que s'amplifiquen en esbiaixar part del seu context, jugant així entre l'acostament documental i el conceptual, on la realitat i la ficció es difuminen en arquetips i estereotips reconstruïts sota la seva mirada.

I finalment, la sèrie "Escenes de la vida radioactiva", de María Moldes (Portonovo, Espanya, 1974), fotografies realitzades en 2013, en les quals destaquen els retrats de la població playera de Benidorm, amb estètica de la cultura popular i enquadraments tancats. Escenes quotidianes reals que porta al seu terreny, creant un món paral·lel de ficció en el qual el centre és el surreal, la ironia i la melanòlia. Imatges carregades de color i vitalitat, amplificades pel mitjà utilitzat per a capturar-les, el Telèfon intel·ligent com a eina, la qual cosa li ha permès acostar-se als subjectes que fotografia fins a distàncies molt curtes, sense produir canvis en l'actitud dels retratats.

Tres sèries fotogràfiques que neixen d'enfocaments diferents i des d'aproximacions conceptuais particulars, que tenen aparentment uns resultats estètics semblants, però que amaguen matisos en cadascuna de les preses seleccionades, que ens permeten visualitzar coses familiars, però d'una manera completament nova.

Una exposició particular de la imatge global de Benidorm, un viatge al passat des del present, amb l'anhel d'un futur com el de sempre, com el que recordem, on tot es relativitza i es gaudeix en un context equilibrat entre el fluor i el kitsch, entre el tradicional i el nou. Un paradís amb joves i no tan joves, persones que vénen i van, que repeteixen, que es queden, turistes, i turistes accidentals, que disposen d'una ciutat on les vacances no acaben mai.

David Trujillo i Rafa Soria. Comissaris de l'exposició.



**English version**

Benidorm has linked its name to those of Martin Parr, Cristina de Middel and María Moldes. It did so long before 'The Accidental Tourist' was even conceived. It did so practically at the moment when the three of them, at a specific moment in their lives and professional careers, discovered the city.

The impact that Benidorm and those who inhabit it temporarily or permanently caused in these three artists, led them to dedicate an exhibition or a photographic series to the city. Works with which these three internationally renowned authors have taken the name of Benidorm around the world.

'The Accidental Tourist' is the confirmation that Martin Parr, Cristina de Middel and María Moldes found in Benidorm a human scenario of impulses worthy of being told, of being observed, of being portrayed. And in their eagerness to capture that reality and that essence they used their usual working tools: an analogue camera, a digital camera or a smartphone, with magnificent results in all cases. The product of that work is this exhibition that captures and exhibits the city that welcomes with open arms and free of prejudice, the Benidorm that, even in constant change, has been offering happiness for decades.

We are known nationally and internationally for our urban beaches, the best in the world; for our vertical and high-rise urban planning model, an international benchmark for sustainability; for the open-mindedness that led us to be the first Spanish coastal town to allow the use of the bikini; or for being the paradigm of mass tourism and the democratisation of holidays, understood as a fundamental right.

Now, this exhibition undoubtedly contributes, from an artistic point of view, to testify and be a loudspeaker of the spirit and sociological dimension of Benidorm, of this city and tourist destination that is also synonymous with freedom and respect.

And it is also a tribute to all those people who over the years have chosen us as their holiday destination, who have grown up with the city, who have participated in the configuration of a space of coexistence and understanding, in which everyone chooses how to be and how to live, defying stereotypes.

To have this exhibition and to enjoy the view of Benidorm of Martin Parr, Cristina de Middel and María Moldes has been a satisfaction, which is now collected in this catalogue; and we are convinced that it will also be a stimulus for other photographic artists to set their eyes on the city and want to explore it through their viewfinders.

---

Sr. D. Antonio Pérez Pérez, Mayor of Benidorm.

---

Before coming to Benidorm, Martin Parr's work has been shown in some of the most prestigious exhibition spaces in the world, such as the Tate Modern in London, the Pompidou in Paris, the Museum of Modern Art in Tokyo and the Moma in New York. The work of Cristina de Middel and María Moldes has also been seen in galleries and festivals in many of these capitals and in other European cities.

Now, and under the umbrella of 'The Accidental Tourist', the work of these three referents of photography and portraiture comes to our museum Boca Calvari with a choral exhibition that consolidates the relevance of Benidorm within the national circuit of visual art and in which the city is the common thread. Because Benidorm and its human landscape have been a source of inspiration for the three of them.

Thus, this exhibition is a compilation of the series 'I love Benidorm' by Cristina de Middel; fragments of the 'Scenes of radioactive life' by María Moldes; and the various photographic incursions of Martin Parr to document the 'kitsch' side of the city. The compilation of these works constitutes a journey through different moments and decades with a common denominator: Benidorm's tourist activity and its protagonists.

In it, the city and its tourists stand as artistic elements capable of conveying feelings, ways of life, and concepts such as disinhibition, diversity and integration.

All of this is captured through dozens of photographs that immortalise details that often escape the eyes of the Benidormenses or which we usually do not notice because they are part of our imagination, of our reality and everyday life; of a panorama with which we have always coexisted without being aware that precisely that made us special, different and genuine in the eyes of others.

With 'The Accidental Tourist' Benidorm takes another step forward in its commitment to photography in its artistic programme. A commitment that in recent years, and in line with the 'Benidorm Expone' initiative, has been strengthened by multiplying the outdoor exhibition spaces and which is also endorsed by the quality of the exhibitions that come to these Espais d'Art Urbà and the Boca Calvari museum.

It is not a random choice, but a thoughtful and conscious one, because photography is an artistic expression with which the public is very familiar, and therefore a powerful and unavoidable expressive vehicle that in this case serves as a tribute to all the tourists who year after year choose Benidorm and also to show the world the authenticity of a city that cries out to be portrayed and witnessed.

S.ª D.ª Ana Pellicer Pérez, Councilor for Historical and Cultural Heritage.

---

#### **My father, Cristina, María, Martín and the giant Roldán.**

Many years ago a journalist from the newspaper *El País* suggested that I should take part in a section entitled *La Postal de...* (*The Postcard of...*) which was being carried out in the holiday pages at the time and through which different firms would choose a favourite or dreamed-of place to spend the holidays. A postcard of the chosen place would be accompanied by a small text that would take up no more than what could be written on the back. I didn't think twice, I chose Benidorm and wrote:

"It was my father's illusion that dragged us to spend my childhood summers there. I learned that holidays, beyond the beach, the shopping, the parties, were him and his immense display of love for my mother, my sisters and me, through what the city could offer us. I returned to Benidorm a few years ago and came across a scene full of memories. I called him and told him that without him it made no sense. He told me that we would be back together soon, but he left earlier than planned and that didn't happen. Now Benidorm is a mythical place in the universe of the memory of my happiness to which I will hardly be able to return".

*El País* chose a postcard from the legendary publishing house Escudo de Oro to accompany the text. A panoramic night-time view from the Rincón de Loix presided over by a large palm tree of fireworks and a beach, the Levante beach, with unpolluted, hyper-illuminated sand and a sea that acts as a mirror of that artificial light of gunpowder and that immense city of skyscrapers. In the background, the Poniente beach seems calmer. That scene, although it was far from being the one that best fitted my memory of Benidorm, I accepted it as a valid image to send my father a postcard from this world to the next.

My family is from a town in Ciudad Real, Calzada de Calatrava, a town that in the seventies had about six thousand inhabitants and, like almost everyone else, was coming out of a very hard period of isolation, forced immigration, and even subsistence in many cases, and was clinging as best it could to a new world with new behaviours that came from what the media showed but, above all, from the stories that the cinema offered and those that we saw directly through the habits of the immigrants who returned to the town every summer. We were living in a very active period in which changes could be seen almost day by day; we were going through the end of a pure and simple dictatorship to a, later called, dictablanda and democratic transition. These were years of much movement accelerated by the death of the dictator and where time has shown that everything was full of traps. But above and beyond political issues, the world was ruled by consumption, the holy consumption that can do anything and that in all this time was the only axis of all that was understood as progress. An ideal of well-being was established based on concepts derived from the great American world propaganda imposed as the only possible way to advance socially, politically and, above all, economically. People no longer worked just to live, but now they worked to consume products that had hitherto been non-existent and, therefore, unnecessary until a few

moments before. Spain succumbed, like the whole of the West, to a unique model whereby it was necessary to have things and, among these things, it was also necessary to have time to enjoy them or time to buy more things.

The concept of holidays did not exist until then in a place where nobody travelled anywhere except for work, health or very specific family celebrations. The idea of holidays for the upper middle class had been around since the end of the 19th century, but in a village in La Mancha like mine it hadn't even come close. Holidays were a school and immigrant concept that only affected the students, the teachers and those who came from abroad to reconnect with their families.

It was 1972 when my father, who had gambled on building his first apartment building and who, like half the village, had won the lottery a year earlier, found himself with savings for the first time and decided that we deserved a holiday in Benidorm and to spend a month of summer there as so many families from other places were already doing. I can imagine how my parents, with three small children, felt when after many years working non-stop in the village they decided to add to their lives such a special gift as spending a month in such a special beach resort as Benidorm. We were one of the first families in my village to do something similar, at least the only one until then among those of all my friends. My father could have chosen Gandía, Calpe, Torremolinos or any place on the Mediterranean coast not far from La Mancha, but he chose Benidorm because of all the big summer resorts that were saving Spain from the economic crisis and giving a new image of an advanced country, it was the leading one, the biggest, the one with the most skyscrapers, possibly the most bustling. My father, when choosing a place to rest, was not logically looking for the peace he already had all year round in the village, he was looking for an urban place, with constant stimuli, with the smell of constant partying and full of half-naked people crowded together on paradisiacal beaches. Benidorm was the ideal place, the perfect counterpoint to our lives in the tranquillity of La Mancha.

On the first of July of that same year, the five of us in the family showed up with Tomasillo Matapájaros, the town taxi driver, who drove us all in his car in a scene that looked like something out of any contemporary film by Pedro Lazaga or Mariano Ozores. The arrival was triumphant. It was like descending into a new reality, we were astronauts coming from the countryside to a place that radiated a lot of brightness, a lot of noise and a lot of life. I remember perfectly that month of July in a large flat in Gambó street that my father, because of his wonderful way of being, made it inhabited not only by us but also by many relatives and friends from the village whom he had invited to spend a few days with us in that endless month. I was seven years old and I think it is one of the most solid chapters in my first memory. The Gambó street with huge arcades in front of it, the souvenir shops where they bought me an envelope with hundreds of stamps from all over the world, the night parties on the ground floor of a hotel where a woman sang every day for Gingliola Cinqueti and above all the smells, those of the perfume shops, the patisseries or the market in a street near the house where my father happily changed the role of shopkeeper to that of a cheerful and generous consumer. There were no hands for so many bags full of as much as he happily bought. On top of all this, the daily beach and that routine of setting up the umbrella and then going out to the bars in a relaxed way without even knowing if we were going to eat.

Among so many things, I remember my father in a bar in the old part of the city, near the castle, watching the Munich Olympics on a television and above all his way of interacting with the many foreigners who did not speak a single word of Spanish and with whom my father communicated by improvising words that still seem a mystery to me to this day. For example, God knows what prompted him to greet them by saying "Gustipén" or other kinds of spontaneous words that went with him.

If we left for Benidorm in the early hours of the morning to arrive and live the day, we returned to the village in the evening and arrived in the middle of the night. I remember a strange feeling, as if I had been in a magical place, a place that was a real dream, where my mother was a queen who was entertained at all times, as were my sisters and me. Yes, I remember it as a dream where we were truly kings of life. Even today, when I return to Benidorm, I relive this profound sensation which, despite having lived through thousands of experiences of all kinds, having travelled and visited countless places since then, makes this place the favourite in my magical imagination.

We lived that experience to the fullest, without any kind of double standards. Benidorm was the paradise of happiness where we had been lucky enough to go and belong for a month. I became obsessed with all that and, in general, with all of Alicante, which became my particular Parnassus. It was something that marked my childhood because, for reasons, I imagine due to work, we were not able to go back for the summer until ten years later, so that the sensations of my childhood were confronted with those of my late adolescence, an absolutely convulsive and, once again, essential period in my life. We went like this for several consecutive years, but now only for fifteen days in July, which we spent in one of the gigantic flats on the beachfront, just above Florida. Fifteen days in which my parents were once again those great kings dedicated to themselves and to making us happy with everything that place had to offer.

I tell all this because I think it is impossible to understand Benidorm without this part of Spain's history, without this developmentalism focused on the great economic and customary machine called tourism and without, essentially,

the personal experience that comes with each of the experiences that take place in this immense holiday setting, possibly one of the great creations, undisputed work of urbanistic art, the most outstanding of the Spanish 20th century. A work of art that can only be understood from the real, participatory, vivid point of view.

I continue with my story: at that time I wanted to be a photographer. I had a Yashica MG1 that my parents had bought me on one of those trips to Ceuta. I would get up early and walk along the beach looking for something special to photograph and in the end I would photograph my sisters, always ready to pose for my games and happy to be the protagonists of the images. Benidorm was too immense in stimuli to be the first chapter of a late teenager wanting to be a photographer. In the end I realised that there was no point in being a photographer if I didn't have something important to tell and I left the camera just to be a tool in my daily and family life. I loved too much the images that I already saw everywhere and I started to study them and felt that I couldn't compete with them or that I would need training that I wasn't willing to receive.

The album as the essence of photography, the album as the very essence of even the true history of photography. I came to that conclusion years later and I am still imbued with it today, navigating that mystery of human behaviour that needs to breathe with images of their lives, something that until recently only belonged to a minority and did not exist for the whole of humanity until the advent of photography just a century and a half ago.

Photography has inhabited Benidorm in a perfect way since it began to become the enclave it is today. Few holidays exist without a concrete photographic record. It is a norm imposed on human behaviour that is difficult to evade. Benidorm lives in millions and millions of albums from all over the world, in millions of occasional tourists who one day stopped here and wanted to leave a record of them in the archives of their memory called photographic albums. This is the true history of Benidorm's photography, that of the countless occasional or permanent tourists of this singular space, the intimate vision that the experiential generates, the approach from the complicity and closeness of the one who poses and the one who shoots, the contemporary dance of living around images stolen from our best moments. This is the photography that makes Benidorm, as one of the places of happiness for millions of people, appear in a special way in that other history of photography which I value and which is none other than the impossible to tell and the one composed by an ungraspable humanity, which has lived not to be controlled or told by others but to be itself without further objections or attributes. In this story is my family, like so many millions of families that have succeeded one another throughout the contemporary history of this very special city. There we are all dancing to the sound of a rhythm imposed by a specific lifestyle that develops to perfection and that has no other trap than the same trap already assumed, the great perfect *trompe l'oeil* that is the city.

Cristina de Middel (Alicante, 1975) has lived next door to this particular city for part of her life, but she has come to it essentially to work as a simple and straightforward reporter for a provincial newspaper. For Cristina, the importance of these photographs, as well as the thousands she had to take during her newspaper years, was the real school in the development of her photographic thinking. The image that would later accompany a news item opened up a very wide arc in which she could understand the reality or the truth of what was being told. With Cristina over the years we have come to understand that for human understanding the line between reality and fiction is much thinner than we are led to believe, and that every image is also the seed of as many stories as the way people look at it. Quantum thinking coupled to the images of newsworthy events of direct news consumption. I firmly believe that it is impossible to separate Cristina de Middel from this origin in order to understand her. Being and living on the Mediterranean coast, on the so-called Costa Blanca, makes her aware that everything is scenery and therefore everything is representation. Cristina is the fruit of a time as strange and convulsive as this 21st century that is being born, but also of a space as truly fictitious as the whole of the Spanish Levant.

Later, after leaving the newspaper and Alicante, she has returned to it to reflect on the place starting from the anomaly of the innate vertigo that she suffers and to make it coexist with this vertical urban chaos.

María Moldes (Portonovo, Pontevedra, 1974) arrives in Benidorm after having developed further south, in San Pedro del Pinatar, Murcia, a work that opened up an immense portal through which to observe older people, especially women, on those holiday stays and that constant emulation of youth on which much of their behaviour is based. In the same way as Pérez Siquier, María is fascinated by the squeakiness, the excess of shine and those skins and hairstyles resisting the daily deluge of sun to which they are habitually subjected day after day. María, although from this position she cannot be just another tourist, gives her images a certain personal component that sometimes leads her to interact with the people she photographs. Although in all her work there is a component of criticism of a model of life, of an atrocious consumerist society, there persists in her gaze a high degree of empathy through which she manages to understand this world a little more. It is possibly this component that separates her from the rest of the reports that are made about the inhabitants of these places. At the same time, she gives free rein to a surrealist component inherent in many of the compositions and scenes she creates. Also important is the technical vindication that his work projects by acting without complexes with a smartphone and in this way speeding up the whole process of the work and acting in a more subtle and discreet way.

For his part, Martin Parr (Epsom, United Kingdom, 1952) has in Benidorm an endless quarry to give an image to the world of kitchs to which nobody like him has been able to approach in all parts of the world and in all social classes. Here he mingles with his own kind, the English package holidaymakers, who consume endlessly at the alcohol, plastic, sun and polyunsaturated fat free buffet that is Benidorm for their holidays. All of this is seasoned with close-ups, close-ups and other types of resources to intensify what the scenes and the protagonists of the scenes already offer. Possibly all of this implies a certain distortion in the abuse of these technical resources that he uses in order to offer a grotesque image of the whole of the society to which he largely belongs. The image, the consumption of them and through them, is one more part of that decadent and grotesque popular excess that his photographs sometimes show us excessively crudely. Honestly, I wouldn't have liked his gaze to have focused on my family, on my chubby mother or on my father as Paco Martínez Soria interacting with his "Gustipen" with any guiri who crossed his path. I think the result would have been a farce, quite the opposite of the sublime feeling felt by people like my parents who felt it was a prize in life to live in that setting for a few weeks.

What is clear is that a landscape with so much contrast, so much glitter, so much hairspray, so much make-up, so much grease, so much neon and, above all, so many protagonists living in this representation of permanent happiness, is an endless vein for those brave enough to look into the eyes of the old monster that lives there. Benidorm is the epitome of cheap joyfulness. Everything oozes happiness, the perfect joy to accompany every summer break and every well-earned retirement after a life of toil and sacrifice. The representation, generated almost by chance, has created a unique scenario to offer half of humanity the ideal place for a good festive chapter or the end of a life. A curious space in which joie de vivre and death coexist happily.

For a photographer, for a thinker, Benidorm offers itself as a propitious place for anyone who dares to reflect on life itself and above all wants to focus on observing how we manage the end of it. Here, as Morrissey said, every day is Sunday and there is no complex about it. It is the sense of this city and the echo of all the problems that the newscasts throw up on a daily basis collide with that cloud of mats, floats and parasols, terraces and combined dishes that protect us from the other truth of the world that lies beyond the motorway or in front of that sea with that very special islet that goes hand in hand with the life and living legend of Benidorm.

And the fact is that before the insatiable machine of holiday consumption was set upon this enclave and turned Benidorm into an enclave not only for holidays but essentially associated with retirement and the end of life, the locals told a wonderful legend about Benidorm and its island: in one of the great mountains that protects the enclave of Benidorm, there lived a giant called Roland who lived happily and in love with a peasant girl with whom he lived in a cave. Legend has it that one day the giant was approached by a kind of oracle who foretold the death of his beloved before the end of that very day; in fear and despair at the end of his beloved's life, the giant tore off a piece of the mountain and threw it into the sea to hit the sun and thus stop the passage of time. Thus, Benidorm and its island are clinging to this idea of prolonging life, of stopping what is impossible, of trying to wrest something more from what is going to happen anyway. Let us see Benidorm, then, as a certain fold in our understanding of the planes of life and legend, and let us feel how its actuality and its myths merge, turning it into an other place, as Foucault would say, a place with rules different from the rest of the world, a place with a time structure and inhabitants different from those of the usual cities.

When I received the invitation from *El País* to propose a holiday destination, without realising it, I did something similar to what this giant did. The struggle to face the absolute, the forcefulness of the death of a loved one made me cling to throw a precise postcard to an uncertain place. A postcard, like that big rock that the giant Roland sent into the sea to stop time. Time passes and the rock, the island, is still there, the postcards are now different and people keep coming and inhabiting this place in a different way. Every time I go back - and to write about it is to go back - my father goes with me even if I don't intend to and I believe that places can only be understood from our own personal experience. That's why Benidorm is so important to me and still, many years later, it is a place I like to return to and participate in its particular unashamed dialogue with time and life. With the invitation to write this text, I let myself be dragged once again by my memory and I become for an instant, and once again, Roldán throwing the stone that stops time, the stone that for an instant offers me to walk hand in hand with my father through that strange and particular place between the earth and the sky called Benidorm, a place of a shared memory to which I happily succumb.

Rafael Doctor Roncero

## The Accidental Tourist.

A photographic exhibition of tourists in Benidorm in a Benidorm museum, yes. We have grown up in this town, and like all residents and tourists, we have helped to create the imaginary of what it is, of what it means to us and to the rest of the world. That is why we believe that now, when a pandemic is sweeping the planet, is the ideal time to rescue from our memory and that of others, that Benidorm associated with mass tourism, more POP, where the neon lights give way to the sunlight that reigns all year round. The one where British tourists enjoy themselves in the Rincón de Loix area, or the older Spanish tourists exercise on the Poniente beach and where young people dance in nightlife venues, or at festivals and concerts throughout the year. A paradigm of a city where happiness and freedom govern the behaviour of those who arrive or are there.

The exhibition is set against the backdrop of mass tourism, yes, and also its repercussions on the landscape of Benidorm, on its beaches, on its streets, on the tourists themselves and on the accidental tourists, the people who live here all year round. With a simple and direct language, wrapped between the theatrical and the metaphorical, the protagonism of the characters captured by the artists, as well as the framing, make those of us who live in Benidorm, stop in a fraction of our daily reality to which we have not paid attention because we were part of it.

The exhibition brings together three photographic series, the first of which, the one that begins the narrative journey, belongs to Martin Parr (Epsom, Surrey, United Kingdom, 1952), a selection of ten snapshots taken over the last twenty years from the "Benidorm" series. Since 1997, the first time he visited Benidorm, Parr has not stopped coming to our city continuously, and it has become one of his favourite places for his work.

At first sight, his photographs seem exaggerated or even grotesque, and among the motifs he chooses, those related to leisure, consumption and communication prevail. With striking colours and unusual perspectives, but full of criticism, seduction and humour. This makes his photographs original, entertaining and understandable. In this way, Parr creates his own image of society, which allows him to combine an analysis of the visible signs of globalisation with unusual visual experiences.

Cristina de Middel (Alicante, Spain, 1975) has selected the series "I love Benidorm", made between the summers of 2008 and 2009, in which the artist reflects on the role of Benidorm as a standard-bearer of mass tourism in the Mediterranean. A research work that covers the ambiguous relationship that exists between the truth and what is reflected in photography, with selective framing where her characters and locations tell us stories that are amplified by biasing part of their context, thus playing between the documentary approach and the conceptual, where reality and fiction are blurred in archetypes and stereotypes reconstructed under her gaze.

And finally, the series "Escenas de la vida radioactiva", by María Moldes (Portonovo, Spain, 1974), photographs taken in 2013, in which the portraits of the beach population of Benidorm stand out, with popular culture aesthetics and close framing. Real everyday scenes that he takes to his own terrain, creating a parallel world of fiction in which the focus is on the surreal, irony and melancholy. Images full of colour and vitality, amplified by the medium used to capture them, the Smartphone as a tool, which has allowed him to get close to the subjects he photographs at very short distances, without producing changes in the attitude of those portrayed.

Three photographic series born from different approaches and from particular conceptual approaches, which apparently have similar aesthetic results, but which hide nuances in each of the selected shots, which allow us to visualise familiar things, but in a completely new way.

A particular exhibition of the global image of Benidorm, a journey to the past from the present, with the longing for a future like the one we always have, like the one we remember, where everything is relativised and enjoyed in a context balanced between the fluorine and the kitsch, between the traditional and the new. A paradise with young and not so young, people who come and go, who repeat, who stay, tourists and accidental tourists, who have at their disposal a city where holidays never end.

David Trujillo and Rafa Soria. Curators of the exhibition.



